

Ricardo Vicente López

---

Del *ciudadano*  
al *consumidor*

---

Una investigación acerca del proceso de  
transformación del hombre solidario  
en el hombre egoísta

Cuadernos de reflexión:

*El hombre comunitario*

## Introducción

En el presente cuaderno, que se publica en tres partes, propondré un análisis del proceso por el cual hemos llegado a habitar un mundo en el cual la mercancía ha desplazado la dignidad humana a los márgenes más imprevisibles. Tal vez esta afirmación pueda presentarse como un poco brutal. Es posible, pero creo necesario aplicar una especie de *terapia de shock* para sacudir la conciencia del *ciudadano de a pie* que se ha ido sumergiendo muy lentamente, a lo largo del siglo XX, con más violencia en su segunda mitad, sin haber advertido los mecanismos perversos que la última etapa de la globalización ha diseñado y utilizado para ese propósito.

Los mecanismos utilizados en el siglo XX han logrado el aporte mercenario de las ciencias sociales al servicio de la manipulación del hombre, por lo que los poderes internacionales han dispuesto de un arsenal científico que desplegó una gran cantidad de técnicas tras ese objetivo. Se podría afirmar que éste ha sido uno de los últimos pasos de un proceso que comenzó con la Revolución Industrial del siglo XVIII. Erich Fromm<sup>1</sup> (1900-1980) nos dice al respecto:

Nuestro empeño en dominar la naturaleza y en producir más bienes, hace que hayamos transformado los medios en fines. Hemos querido producir más en los siglos XIX y XX para dar al hombre la posibilidad de una vida humana más digna; pero, en realidad, lo que ha pasado es que la producción y el consumo se han convertido en fines, han dejado de ser medios para convertirse en fines, así que estamos produciendo y consumiendo como locos.

Este notable investigador afirma: «El hombre se convierte en una *cosa*, se lo trata y se lo maneja como tal, y las llamadas “relaciones humanas” son las más inhumanas, porque son relaciones “cosificadas” y “alienadas”». La utilización generalizada de los conocimientos de la psicología clínica, la psicología profunda, la psicología social, la antropología, en manos de especialistas en técnicas de mercado (la mercadotecnia) se han aplicado al manejo del consumidor y del trabajador, al manejo de todo el mundo, al ser incorporadas a las técnicas de campaña política. Sostiene Fromm que las ideas clásicas de democracia a partir de un ciudadano responsable «en la práctica se distorsionan cada vez más, por la utilización de los mismos métodos que se desarrollaron primero en la investigación de mercado y después en las “relaciones humanas”».

Todo ello se suma, también como resultado posterior de la Revolución Industrial, a la distorsión del trabajo del obrero industrial o del oficinista sometido a tareas repetitivas, monótonas, sin un sentido claro para el trabajador que desconoce los porqués debe hacerlo, por qué y para qué, aunque intuye que el objetivo es el sagrado lucro de la sociedad capitalista. Al no encontrar sentido al trabajo realizado, al experimentar que éste nada le aporta a su realización humana, se va convirtiendo sólo en una parte de la monstruosa maquinaria total de la que se siente como una pieza más, intercambiable como tal. Es claramente la cosificación de la que nos habla Fromm:

La maquinaria social, gobernada por una gran burocracia, hace que el hombre, inconscientemente, odie su trabajo, porque se siente atrapado en él, prisionero de él, porque siente que está gastando la mayor parte de su energía en algo que no tiene sentido en sí mismo.

Se puede comprender mejor cómo y por qué la manipulación padecida por el hombre de los últimos siglos lo ha convertido en una marioneta del mercado, manejada por los hilos de una publicidad planificada y

---

<sup>1</sup> Destacado psicoanalista, psicólogo social y filósofo humanista alemán. Miembro del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Frankfurt.

aplicada al logro supremo de convertirlo en un sumiso consumidor. El itinerario que propongo recorrer se justifica, si logramos comprender la maraña ideológica que gobierna hoy nuestro mundo, de la que sólo podremos liberarnos en la medida que nos liberemos de sus mandatos.

\*\*\*\*\*

## *Reflexiones para aproximarnos a la tarea*

La idea inicial de este trabajo fue con-vocar a una reflexión, que se detenga y demore en un proceso de *rumia* de las ideas que vayan apareciendo, con la intención de pro-vocar la necesidad de pensar y re-pensar el tiempo en que nos ha tocado vivir. El tiempo *presente se nos presenta* bajo una condición paradójica que podemos vivir, percibir, padecer, disfrutar como actores o espectadores directos. Sin embargo, por una extraña condición del hombre moderno, pasamos tan rápidamente lo que está ante nuestra mirada, que no siempre vemos todo, y lo que es visto es apreciado dificultosamente.

Nos llevamos la sensación de haber captado *la verdad* de lo acontecido sin comprender que esa mirada está cargada de pre-juicios, en su acepción etimológica ('juicio previo', como tal que ignora, por no haber revisado críticamente, por ello ingenuo), por lo que sólo hemos captado una versión sesgada, fragmentaria. La invitación es a re-flexionar sobre lo acontecido y sobre lo que de ello hemos podido recoger en la conciencia. Nada sencillo, pero sí imprescindible para una comprensión más profunda de la realidad social. Dice Enrique Dussel, con mucha sabiduría:

Es siempre así, y ha sido siempre así, lo más habitual, lo que "llevamos puesto", por ser cotidiano y vulgar, no llega nunca a ser objeto de nuestra preocupación, de nuestra ocupación. Es todo aquello que por aceptarlo todos pareciera no existir; a tal grado es evidente que por ello mismo se oculta.

Creo que esta condición de nuestro espíritu — de observar el acontecer como si se mirara por la ventanilla de un tren en marcha— está impregnada por males de época. Es que se fue adentrando en nosotros la actitud de una especie de espectador-consumidor, un modo cotidiano condicionado por el formato de las noticias televisivas. Esta experiencia, que ha sido la consecuencia de una "educación" del sistema multimediático, largamente elaborada en los laboratorios del poder concentrado, ha sido el resultado del acostumbramiento a la percepción del ritmo que le imprime la técnica del videoclip: «una pieza muy corta filmada que está realizada con un ritmo muy rápido, más parecido al de la publicidad que al del cine». Consiste en lanzar una catarata de imágenes que habitúa al espectador-consumidor a dejarse invadir por la velocidad, por el impacto visual, al subordinar a esta sensación todo intento de comprender qué se comunica. El propósito ha sido que ese modo de la percepción nuble la posibilidad de desarrollar una mirada reflexiva y crítica sobre el acontecer diario. El valor de la noticia dura muy poco, y desaparece para dejar lugar a la que sigue, por lo que nada permanece, con lo que se le quita todo valor permanente.

La expresión coloquial referida a esta sensación es quejarse: "¡cómo se pasa el tiempo, sin darnos cuenta!", o la sensación contraria "¡Qué lento va esto!", que, en su aparente contradicción, expresan el sentimiento de que el tiempo es ajeno a nuestra voluntad. Somos como parias del tiempo, perdidos en una multiplicidad de encrucijadas, sin tener criterios para elegir uno. La elección se nos impone como si viniera de otro lugar: pasamos de elector a elegido. La vida "nos pasa", el tiempo nos es extraño.

Un verdadero pensador de las profundidades del alma humana, un sabio, Olegario González de Cardedal<sup>2</sup> (1934), nos invita a pensar junto con él estas palabras:

El hombre es memoria de lo vivido y anticipación de lo porvenir. Con su forma de vivir puede obturar o abrir las fuentes de la esperanza. En libertad puede encarar el futuro, preparándose a él o aturdirse a sí mismo reprimiéndolo. ¿Qué olvidos, rechazos y represiones nos ciegan el futuro?... Un saber de futuro le riega las entrañas como agua mansa, calando sus terrenos interiores, mientras le lleva a recordar aquella patria de la que viene y hacia la que marcha.

El escritor Octavio Paz<sup>3</sup> (1914-1998) agrega otra faceta para pensar el tiempo:

La historia no es un absoluto que se realiza, sino un proceso que sin cesar se afirma y se niega. La historia es tiempo; nada en ella es durable y permanente. Aceptarlo es el comienzo de la sabiduría.

Estas citas nos ponen en la pista de un extrañamiento del hombre moderno, nosotros, con respecto a una dimensión esencial de la vida humana, el tiempo, con el que nos relacionamos muy mal o nos divorciamos inconscientemente. Volvamos a González de Cardedal:

Cada generación vive la esperanza de una forma, aferrándose tensa a este mundo como única realidad (desesperación) o contando serena con un futuro en el que el presente logra su sanación en un sentido y su plenitud en otro (esperanza). La historia de los últimos siglos ha sido una larga marcha hacia la conquista de la libertad en todos los órdenes. Cuando ésta es pensada o vivida como dominación del prójimo o insolidaridad con el prójimo, surge la soledad profunda. Y al quedar remitido a sus solas fuerzas y confianzas le asalta al hombre la desesperanza. Éste, consciente de su finitud, sabe que no puede fundar por sí mismo un futuro en amor y felicidad. Una y otro son don de los otros y del Otro.

¡Qué difícil es para nosotros, hombres y mujeres de esta época, poder aceptar que el tiempo no es sólo ese presente evanescente, que se muestra y se va en una sucesión vertiginosa de imágenes, o el que llega hasta a mostrarse como una repetición perpetua que nos hunde en el tedio de vivir, un presente sin sentido, sin razón! Sin embargo, es además, si nos dispusiéramos a su búsqueda, la condensación de todo lo pasado que está allí, ante nosotros, que nos ofrece toda la sabiduría del tiempo ya vivido y que, con una extraña magia, nos remite hacia la construcción de futuros posibles. Poder desprendernos de la condición que nos somete a esta forma de servidumbre, la del tiempo instantáneo, repetitivo, como una forma del presente perpetuo, puede ser un paso hacia el camino de recuperación en nosotros de lo “más humano de lo humano”, disponible para quienes se aventuren por esos senderos. De este modo, podríamos permitirnos saber lo que la vieja sabiduría bíblica nos recuerda: «Hay un momento para todo y un tiempo para cada cosa bajo el sol», dice el Eclesiastés.

\*\*\*\*\*

El extrañamiento del tiempo, siendo una dimensión de nosotros mismos, somos tiempo vivido, lo vamos a plantear, páginas más adelante, con Marx en su análisis sobre el *trabajo alienado*. Esas conclusiones se extienden a nuestra vida social, cruzada por mil dimensiones superpuestas, por las que, al perdernos en esa maraña, nos perdemos a nosotros mismos. Lo que se puede rescatar, como ayuda en esta reflexión es que el

---

<sup>2</sup> Español, doctor en Teología por la Universidad de Munich, también estudió en Oxford y en Washington D. C. Ha sido durante largos años catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca y es miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

<sup>3</sup> Poeta, escritor, ensayista y diplomático mexicano, Premio *Nobel* de Literatura en 1990. Se lo considera uno de los más grandes escritores del siglo XX y un gran poeta hispano de todos los tiempos.

fenómeno por el cual no nos sentimos dueños de nuestras propias vidas, que se nos escurre como agua entre los dedos, es que tenemos ante nosotros un problema que empieza dentro de nosotros. No significa esto que sea sólo de orden psicológico, aunque algo de eso contiene, sino que debemos remontarnos hacia las alturas del pensar filosófico para que la perspectiva que nos ofrece nos habilite a aventurar ideas, pensamientos, análisis de las historias, todo ello para buscarnos en esas experiencias, encontrar allí pistas que nos hablen de caminos que han quedado ocultos, pero a los que todavía es posible volver a transitar.

Atrevemos a esa operación intelectual, que nos hace recorrer un camino de ida y de vuelta, de la experiencia a la reflexión y viceversa, de la Historia a nuestra historia, nuestra biografía, y en la contraposición atisbar algunas razones que den cuenta de los porqués estamos como estamos —dimensión estructural en la que se inserta nuestra vida— y de qué nos ha sucedido para que la hayamos vivido como lo hemos hecho. Hay, en esta tarea, una idea implícita que nos llevará a desbrozar una antropología del hombre moderno. Es decir, de este hombre que se ha ido des-humanizando en sus intentos de ser más humano. Recurramos al maestro:

El hombre sólo se realiza humanamente si ejercita cuatro miradas: hacia afuera (mundo) y hacia arriba (trascendencia), hacia adentro (interioridad) y hacia adelante (futuro absoluto). Estos cuatro movimientos hacia arriba abren el misterio de Dios; el movimiento hacia adentro abre a la íntima realidad humana; el movimiento hacia afuera abre al mundo: la naturaleza y los otros hombres, en sí mismos y en sus obras; el movimiento hacia adelante abre hacia el futuro como consumación de las propias posibilidades y del sentido de la historia total. La verdad del hombre habita en estos cuatro ámbitos: en lo interior y en lo exterior, en lo superior y en lo por delante. Cada una de estas miradas tiene que ser trascendida e integrada en una interacción que no rompa la circularidad. Así el hombre va de sí mismo al mundo y a Dios; del mundo vuelve a sí mismo; de Dios va y viene a sí mismo y al mundo. Cuando el hombre integra esos cuatro mundos (Dios, sí mismo, mundo, futuro), entonces tiene soledad en compañía y compañía con una soledad que es condición de la libertad a la vez que fuente de su esperanza.

A la lectura de este largo párrafo de González de Cardedal sugiero quitarle lo que puede convertirla en una interpretación religiosa-eclesial, y leerlo y reflexionarlo como sabiduría de vida. Es decir, aceptar el juego que nos propone como un método de reflexión y que nos plantea un camino por recorrer, porque la propuesta involucra dimensiones que encierran, en su recorrido, un modo completo de pensarnos en medio del vendaval de esta etapa del capitalismo más salvaje; para entender el mundo en consonancia con la interioridad; entender ésta desde la trascendencia (sea lo que fuere), para otorgarle a nuestra interioridad una dimensión que la recupere de la soledad de un psicologismo egocéntrico; y permitirnos trascender el presente tensado hacia un futuro posible de construcción de nuestra conciencia, hermanada a una trascendencia que incluya a los otros.

Deseo cerrar estas primeras palabras siguiendo, una vez más, el hilo de este pensamiento, que nos ofrece una guía para abrir nuestro espíritu a una predisposición que nos habilite a una comprensión del proceso histórico de los últimos siglos, que nos ha depositado en este presente difícil de pensar, porque se conjugan hoy las más terribles amenazas con las esperanzas más prometedoras. Unas y otras están a nuestra disposición, si entendemos que la voluntad mancomunada es el modo de caminar hacia el futuro que nos proponemos. Las palabras del maestro:

Estamos en el final de la época moderna y en el comienzo de una nueva época incierta en su orientación y contenidos. Historia moderna como historia del conocimiento dominador y la libertad emancipadora. Aquel nos ha hecho soberanos sobre las fuerzas oscuras o violentas de la naturaleza; ésta sobre las pasiones o injusticias de los hombres. La ciencia se ha convertido así en fuente de libertad y liberación. Los siglos XVIII y XIX pusieron las bases de la ciencia moderna y establecieron

los principios de las transformaciones sociales, que harían posibles primero las grandes revoluciones y luego unos regímenes políticos en los que la persona, el derecho, la libertad y la participación son los determinantes de la convivencia y de la vida política. Los hombres han llegado a una altura de dignidad, como nunca antes la habían alcanzado. En principio están logrando dominar la enfermedad y el hambre, la esclavitud, las diferenciaciones impuestas por razones religiosas, culturales o ideológicas... Sería un espejismo caer en actitudes pesimistas al comprobar las inmensas lacras y abismos que aún perduran en la humanidad. Si nos parecen mayores es porque ahora las conocemos mejor, porque tenemos más posibilidades de superarlas y porque pesa sobre nuestras conciencias la responsabilidad de hacerlo cuanto antes.

Me parece una muy buena síntesis que nos pinta el cuadro de la Modernidad, con sus claroscuros, sus amenazas y sus posibilidades. Pasemos ahora a recorrer con algún detalle esa historia.

\*\*\*\*\*

## *La importancia de la historia*

La intención de esta primera parte es incursionar en un tiempo histórico, del que nos separan diez siglos, para descubrir en esa etapa los mecanismos sociales, las actitudes personales y el espíritu de la época que dieron lugar a este momento que nos toca hoy vivir. Dicho de otro modo: es ir en búsqueda de las raíces de nuestro presente. La comprensión de una etapa histórica y de cómo fue suplantada por otra, de cómo apareció paulatinamente, con el correr del tiempo y la decisión de algunos hombres y sectores sociales, un mundo distinto del que habían habitado sus padres, nos coloca en una apertura de conciencia y una condición espiritual que nos habilitan para pensar el futuro.

Este momento de la historia —que presagia cambios necesarios, aunque no de cumplimiento obligatorio— está preñado de expresiones fatalistas que nos empujan a creer que nada puede ser ya distinto de lo que hemos recibido y tenemos hoy; se nos pretende hacer creer que el tiempo ha transcurrido para que este presente fuera posible como definitivo. Por ello, se nos presenta la historia como un largo prólogo de este escenario presente. Por tal razón, todo intento de pensar escenarios futuros totalmente diferentes, más humanos, por lo tanto más fraternos, más solidarios, parece, entonces, ser sólo una nostalgia de viejos soñadores, románticos idealistas, que se quedaron en los “utópicos” años de los sesenta y setenta. Hoy campea un pragmatismo escéptico que nos para ante la “única realidad posible”, con los “pies bien aferrados a la tierra” —“No hay otra alternativa”, dijo Margaret Thatcher a fines de los setenta— y este espíritu de época intenta convertirnos en hombres y mujeres “realistas” que aceptan “maduramente” la sociedad que nos ha tocado en suerte; es decir, en personas dóciles y sometidas.

Volver los ojos al pasado, en este caso, hacia un pasado que puede sorprendernos por las características socio-políticas que encontraremos en él, es una manera de iluminar este presente con experiencias que preanunciaban un futuro prometedor cumplido sólo en parte. Podremos ver allí —cómo, en los comienzos una cultura abre un abanico de posibilidades— que las circunstancias históricas posteriores pudieron desarrollarlas en parte e imposibilitarlas en otra. Estas contradicciones son modos propios de los procesos humanos que incuban siempre una cantidad de potencialidades con las que la libertad de los hombres puede ir haciendo camino, recurriendo a las alternativas posibles, dentro del juego que permitan los intereses contradictorios de las clases sociales. Esos resultados, tantas veces, han estado librados en cierta medida a los arbitrios del azar que ha aportado en cada caso su parte en la consolidación de los caminos elegidos.

Abrevando en las experiencias de esos siglos, que revisaremos muy apretadamente<sup>4</sup>, recuperaremos ideas, construcciones sociales, económicas y políticas, formas institucionales, modos de vida, compromisos éticos, que parecían anunciar un mundo distinto de los resultados reales finales. Allí se establecieron las bases sobre las que fue construida gran parte de nuestra situación actual. Sin embargo, en el complejo de las promesas incumplidas, podemos rastrear senderos inconclusos que pueden ser retomados como estímulos al pensamiento político, para proponer salidas posibles al atolladero en el que hoy parece encontrarnos la historia.

Parte de lo que insinúo es atreverse a incursionar con el pensamiento en las posibilidades que no se concretaron, como frustraciones que no hallaron en su momento las condiciones fértiles para su desenvolvimiento y concreción. Esta propuesta de búsqueda puede toparse con las varias ideas que se ha pretendido imponer respecto de una escéptica posmodernidad o de una postulada ley del desarrollo histórico-social de cumplimiento ineluctable. De ambas, se desprende la afirmación de que estamos ante un “fin de la historia”. Ha sido un personaje intelectual del *establishment* estadounidense, Francis Fukuyama<sup>5</sup>, quien divulgó esta idea con un gran apoyo editorial: «Si al final del siglo XX tiene sentido que hablemos de nuevo de una historia direccional, orientada y coherente, que posiblemente conducirá a la mayor parte de la humanidad hacia la democracia liberal, la respuesta a la que llevo es afirmativa». Esta es la forma en que se daría el anunciado cumplimiento de la historia.

Debo decir, para plantear un concepto de la historia más coincidente con lo que iremos analizando, que concibo como un camino lleno de contradicciones, de avances y retrocesos, como un escenario en el que se debaten ideas, intereses; en el que las diversas formas del poder juegan un papel muy importante, juego en el que no debe faltar la voluntad de los hombres libres empeñados en la construcción de mañanas mejores, más humanos, sin la cual los pronósticos agoreros se cumplirían. La resultante de esos enfrentamientos va trazando el camino hacia el futuro que nunca está predeterminado, siempre libre, aunque condicionado pero no imposible, para escribir sus páginas. Así, el futuro como tal, es un tiempo adveniente de historias todavía no acontecidas pero en el que, en ese mismo sentido, lo que todavía no sucedió está cargado de las potencialidades de lo que ya está sucediendo. La participación de los pueblos en sus luchas por la liberación es un sujeto histórico que intenta ocultarse, ignorarse o despreciarse.

\*\*\*\*\*

## *El comienzo de la Revolución Urbana*

La posibilidad de comprender las características del hombre actual requiere trazar algunas comparaciones que nos habiliten la reflexión sobre las causas e itinerarios que ha recorrido la historia hasta llegar a este presente. El punto de partida que elijo, arbitrario como todo intento de periodización, concentra la mirada en una experiencia desarrollada como antecedente de la Europa moderna. Ubiquemos esta época entre los siglos IX y X, y que se extiende hasta finales del siglo XV como coronación de esta forma sociocultural cuyo detonante es un acontecimiento de primera magnitud: el descubrimiento de América por

---

<sup>4</sup> Un estudio más detallado de este período puede encontrarse en mi trabajo *Los orígenes del capitalismo moderno*, Primera Parte, publicado en la página [http://ricardovicentelopez.com.ar/?page\\_id=2](http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2).

<sup>5</sup> Francis Fukuyama (1952) es un influyente politólogo estadounidense de origen japonés. En la actualidad, es miembro del Consejo Presidencial sobre Bioética, y catedrático Bernard L. Schwartz de Economía Política Internacional en la School of Advanced International Studies, Universidad *John Hopkins* en Washington, DC.

parte de los Reinos de Castilla y Aragón<sup>6</sup>. Este hecho dará comienzo a una segunda etapa, con el predominio del poderío español hasta el siglo XVII, en que cederá el control del sistema mundial, primero a Holanda y luego a Inglaterra y Francia.

Toda esta revolución se dio en un territorio que podría delimitarse por el río Rin por el oriental; el mar Báltico, en el norte; el océano Atlántico, como margen occidental, y el Mediterráneo por el sur, en el que se irán produciendo una serie de acontecimientos que culminarán con la estructuración del Occidente Moderno, clima cultural en el sentido más amplio del término, dentro del cual hará su presentación la sociedad capitalista. Dentro de las investigaciones que comenzamos a desarrollar, esta forma socio-cultural representa el otro extremo de este proceso histórico.

El bosquejo presentado sobre la descripción territorial no debe entenderse en un sentido muy riguroso, sino como una línea borrosa que no siempre recorta correctamente ese territorio, escenario de los fenómenos históricos que abordaremos. Tampoco debe pensarse que el territorio señalado es en su totalidad un escenario homogéneo; más bien debe entenderse como una zona dentro de la cual se desataron ciertos procesos a los que se hará referencia, como manchones que irán extendiéndose en forma irregular y hasta un tanto caprichosamente, y que tuvo a la ciudad emergente como foco de las nuevas experiencias.

Dentro de ese territorio, por diversas razones (sería muy largo analizarlas aquí), comenzaron a producirse una serie de hechos que, a lo largo de varios siglos, dieron lugar a lo que hoy coincidentemente entre los autores se denomina la Revolución Burguesa. Probablemente pueda señalarse, con cierta exactitud, que dos áreas funcionaron como los motores de todo ese proceso: el norte de Italia y la zona ligada al mar Báltico (norte de Francia, Países Bajos y norte de Alemania, aproximadamente).

Para el historiador José Luis Romero<sup>7</sup> (1909-1977), este nuevo ordenamiento socio-político fue carcomiendo la pétrea estructura socio-feudal, posibilitando, de este modo, una “revolución” en el seno de la sociedad cristiano-feudal, que, aunque lenta no fue menos subversiva. En una clara síntesis de lo acontecido, Romero afirma que al fin de ese proceso, alrededor del siglo XVI, no pueden quedar dudas de que el orden feudal ya ha sido destronado. Lo describe así:

Al estallar las luchas religiosas del siglo XVI nadie pudo ocultarse la magnitud del reclamo propuesto por la actitud de las nuevas clases en ascenso. Europa se dividió entonces. Quienes adoptaron las formas reformadas de moralidad y religiosidad desnudaron los contenidos últimos de la mentalidad burguesa y asumieron desembozadamente la misión de imponer su vigencia; quienes, en cambio, prefirieron la ortodoxia romana y promovieron la Contrarreforma intentaron rechazar esos contenidos en holocausto a los tradicionales principios cristiano-feudales, pero cedieron poco a poco ante aquéllos por la fuerza de la realidad y se contentaron con enmascararlos y encubrirlos, en una desesperada defensa de la irrealidad de la que Don Quijote es claro testimonio.

Debe señalarse que toda esta serie de acontecimientos se precipitaron por la aparición de lo que se llamó las Nuevas Tierras, cuya influencia trastocaría todas las relaciones sociales, económicas, políticas y culturales, al no permitir que nada quedara como estaba. El proceso de la Revolución Burguesa encontró un camino que lo llevará hasta el siglo XVIII, en el cual el capitalismo hace su aparición más clara.

---

<sup>6</sup> Tomo este dato histórico sólo como una referencia dentro de la historia del Occidente europeo, a pesar de que hoy hay abundantes pruebas de que los vikingos, aproximadamente en el siglo VIII, y los chinos en el siglo XV ya lo habían visitado. Se puede consultar al respecto, mi trabajo *Me enseñaron todo mal*, publicado en la página [http://ricardovicentelopez.com.ar/?page\\_id=2](http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2)

<sup>7</sup> Doctorado en Historia por la Universidad Nacional de La Plata. Se dedicó luego a la historia medieval y desarrolló una larga investigación sobre los orígenes de la mentalidad burguesa. Enseñó en las universidades de La Plata y de la República (Montevideo). Desde 1958, lo hizo en la Universidad de Buenos Aires, donde fue rector interventor en 1955.



## *El paso de la vida rural a la vida urbana*

Para ir orientándonos en esta búsqueda, quiero señalar que el hombre burgués, que caracteriza gran parte del período que revisamos, debe ser pensado también como el resultado de un proceso histórico y que, por tanto, no debe entenderse como una esencia fija, sino como el resultado de una historia que lo irá moldeando y modificando a lo largo de esos siglos. Puede afirmarse, entonces, que esas transformaciones irán mostrando diferentes perfiles desde los primeros tipos de los siglos X y XI, pasando por los hombres del Renacimiento, los primeros mercaderes y traficantes de los siglos XV y XVI, hasta los que producirá la Revolución industrial inglesa en el siglo XVIII. Si bien podemos situar todo ese largo tiempo bajo la denominación de revolución burguesa, como lo hace José Luis Romero, no debe perderse de vista las diferencias que esa historia ofrece. Las formas sociales, modos de vida, ideas a partir de las cuales se piensan las relaciones de los hombres entre sí y con la naturaleza, no fueron sino el modo como la revolución burguesa se reflejaba en el plano de la cultura. Nuestro investigador describe las respuestas buscadas para explicar esta etapa tan rica y decisiva para el Occidente Moderno, en las siguientes líneas:

Creía poder afirmar -y ahora estoy seguro- que lo que se ha llamado el espíritu moderno tal como parecía constituirse en el llamado Renacimiento, no es sino mentalidad burguesa, conformada a partir del momento en que la burguesía aparece como difuso grupo social, elaborada a partir de ciertas actitudes radicales, y desarrollada de manera continua aunque con ritmo diverso desde entonces... El Renacimiento, el siglo de los grandes sistemas filosóficos, la época de la Ilustración, la de la revolución industrial o de la revolución francesa han deslumbrado a quienes examinaban los productos de la creación estética, filosófica, política o científica, impidiéndoles ver la continuidad de un proceso que cada cierto tiempo lograba expresar acabadamente lo que se venía elaborando con duro esfuerzo durante siglos. Sólo remontando el curso de la formación de la mentalidad burguesa puede comprenderse la íntima coherencia que anima la vida histórica durante los últimos diez siglos.

Creo encontrar, en el contenido de las palabras de este académico, una clara descripción acerca de cómo debe ser entendida una época; de cómo ésta comienza a dar lugar a una nueva; de cómo en el seno de un proceso histórico se van acumulando fuerzas, ocultas para los ojos de sus contemporáneos como si fueran placas tectónicas, pero que preparan el terreno que da origen a hechos no explicables por sus causas inmediatas anteriores; en definitiva, de cómo operan los procesos históricos en la preparación de los grandes cambios que, en la mayor parte de los casos, no pudieron ser previstos por la gente de la época. Poder entender con detenimiento el entramado subyacente de los hechos sociales nos coloca en inmejorables condiciones, para aproximarnos hoy al resultado que analizaremos como última etapa: el *hombre consumidor actual*.

Volvamos a los siglos X y XI. La historia anterior puede resumirse así: durante seis siglos, después de la caída del Imperio Romano de Occidente, la vida de los hombres, salvo pocas excepciones, se desarrollaba en el ambiente rural, al ritmo de las estaciones naturales, con la misma monotonía y lentitud, sin ofrecer mayores cambios. Esto daba como resultado un espíritu conservador, aferrado firmemente a las tradiciones. Posteriormente, unos pocos aventureros fueron capaces de lanzarse por caminos inseguros para comerciar entre distintas comarcas. Había que romper la mentalidad condicionada por la economía rural, para ingresar en un modo de razonar más apropiado a la actividad mercantil.

Debemos ver en ese tipo de hombres— provenientes de los más variados lugares y sectores sociales, que ya hacen notar su presencia desde fines del siglo X— el anticipo de quienes serán los protagonistas de la

Revolución Burguesa. Un biógrafo de la época, citado por Romero, describe de este modo la vida de una persona del siglo XII:

Así, habiendo pasado en su casa apaciblemente los años de la niñez, comenzó a cultivar durante la adolescencia los caminos más prudentes de la vida y a emprender a fondo, cuidadosamente y como persona experimentada, los ejemplos seculares de la Providencia. No se dedicó a las faenas de la agricultura sino que se empeñó preferentemente en ejercitarse en los rudimentos de la adquisición, lo que es propio de las mentalidades más agudas. Así es que, estimulado por el celo de los mercaderes, comenzó a ocuparse frecuentemente de la venta de mercancías; al principio, por cierto, con cosas muy pequeñas y de muy poco precio, comenzó a aprender el arte de obtener ganancias; después, poco a poco, a desarrollar capacidades que había mostrado en su adolescencia para lograr ganancias mayores.

\*\*\*\*\*

### *El nuevo perfil humano*

En algunos casos, en este comienzo de emigración del campo a zonas pobladas, se podían elegir viejas casas abandonadas desde la caída del Imperio, pequeñas comarcas que fueron creciendo lentamente, algunas nuevas que se fueron construyendo en lugares de cruces de caminos o sobre la margen de algún río importante. Pero, con el correr de los siglos, formaron ciudades que tuvieron que diseñar muchas cosas novedosas respecto del nuevo orden urbano que fueron construyendo. Estos artesanos y mercaderes, que durante algún tiempo recorrieron los caminos llevando sus mercancías de un poblado a otro, se fueron instalando en algunos lugares motivados por las ventajas estratégicas que ofrecían, generalmente relacionadas con la protección que la geografía les brindaba y las ventajas de excepción de impuestos que podían conseguir. Algunas cifras que nos brinda Jacques Le Goff<sup>8</sup> (1924) son útiles para que nos ubiquemos en el crecimiento poblacional:

El auge urbano es impelido en el siglo XIII por la oleada demográfica. Se ha calculado que de 1200 a 1300 la población de Europa pasó de 61 a 73 millones: Entre 1200 a 1340 la población de Francia habría pasado de 12 a 21 millones, la de Alemania de 8 a 14 y la de Inglaterra de 2,2 a 4,5... A lo largo de todo el siglo XIII, el alza de los precios, y sobre todo de los precios agrícolas, manifiesta la tensión que la demanda creciente impone a los precios.

Se fue constituyendo de este modo un nuevo sector social, cuya cultura común estaba marcada por las nuevas normas que se iban configurando alrededor de la actividad mercantil. A pesar de representar un factor de conflicto en la integración social en marcha, por la variedad de costumbres y modales que traían consigo los diversos emigrantes, las ciudades acogían con buena predisposición a los nuevos pobladores, porque daban lugar a progresos y riquezas que sin ellos no hubieran sido posibles. Los innovadores no se detenían ante las viejas normas y actuaban según sus conveniencias: la crisis con la sociedad feudal estaba en marcha. Lo más sobresaliente de este proceso fue la constitución de un nuevo sector económico que acumulaba cada vez más poder y riquezas; sector que, para su desenvolvimiento, no podía soportar el estrecho margen de la normatividad de la economía rural.

---

<sup>8</sup> Jacques Le Goff es un historiador de la Edad Media que ha vinculado su carrera docente a la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*. Entre sus libros, se destacan: *Los intelectuales en la Edad Media* (1957), *El hombre medieval* (1989), *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval* (1986).

Todo cambio social supone una crisis entre lo viejo y lo nuevo y en ese momento también se dio. La mayoría de la clase señorial se mantuvo al margen de este nuevo proceso. Entre los siglos XI y XII, el nuevo sector social logró conformar un sistema paralelo e independiente de la economía rural y feudal. De este modo, fundó un sistema jurídico más acorde a sus intereses. Estos dos sistemas jurídicos y sociales que se superponían dieron lugar a múltiples conflictos a lo largo de todo este período. Debe destacarse que el dinamismo del sistema mercantil terminaría, necesariamente, subordinando la economía rural a sus intereses. Romero explica esta etapa con estas palabras:

Como conjunto, la vieja aristocracia tardó mucho en descubrir la significación que tenía el hecho de que se desarrollara un nuevo tipo de actividad económica al lado de la tradicional, que ella controlaba. Era, sin embargo, una actividad que tendía necesariamente a instrumentalizar en su provecho el fruto de la economía agraria; pero acaso el sentimiento de la inmensa superioridad que la vieja aristocracia descubría en sí misma con respecto a las nuevas clases mercantiles, y sobre todo la seguridad que otorgaba la posesión del poder político, le impidieron alarmarse y comprender el extraordinario fenómeno que se desarrollaba delante de sus ojos. La concepción cristiano-feudal había arraigado vigorosamente en las conciencias y con ella una imagen estática de la vida social que ocultaba la posibilidad de cualquier cambio.

Las nuevas clases, por el contrario, detectaban con claridad los obstáculos que se les presentaban a sus proyectos de cambio y, con aguda inteligencia y una vigorosa imaginación no carente de audacia, emprendían la empresa de modificar todo lo que no les permitía seguir avanzando. Poseían una clara conciencia del infinito mundo que se les abría, lo que les daba una fuerza revolucionaria incontenible. Enfrentaban los viejos prejuicios y las limitaciones de las antiguas instituciones creando nuevas y más dinámicas organizaciones, adecuadas a los tiempos y a los ritmos que las nuevas actividades exigían.

Podemos ya comenzar a ver, desde la perspectiva que nos da el tiempo histórico, una transformación del perfil humano que va pasando de una conciencia aferrada a su territorio, a un modo de vida de ritmo lento y repetido, sin horizonte de cambio; a una conciencia que se comienza a arriesgar con el abandono del suelo natal, al internarse en la aventura del camino, y asentarse, entonces, en el ámbito urbano. Al proponer nuevas reglas de vida, en una palabra, comienza a construir un modelo humano nuevo.

\*\*\*\*\*

### *El hombre burgués acelera la historia*

Nos enfrentamos ya a una vida urbana que imprime otros ritmos a la vida. La actividad comercial potenció el crecimiento urbano; este, a su vez, demandó mayor cantidad de provisiones de la zona rural; el hombre de campo debió concentrar su pensamiento y su tiempo en aumentar la producción agrícola, por lo que dejó de producir gran parte de sus enseres y herramientas. Todo esto fue provisto por la ciudad.

La división del trabajo se acentuaba posibilitando una mejor y mayor producción en cada rubro. La aparición de la ciudad y su mercado, no generó una competencia con el campo, sino que ambos se apoyaron mutuamente en su desarrollo, aunque éste no fuera un proceso sin contradicciones ni conflictos. El modo de vida del “burgués” será un punto de referencia para el hombre ligado a la vida rural, que le muestra ciertos refinamientos y comodidades de la vida desconocidas para él, pero que comenzarán a ser apetecidas.

También muestra una libertad contrastante con su condición servil. Si ésta era algo natural para sus antecesores, ahora aparece un personaje que *no es noble pero es libre*, y su presencia es motivo de inquietud para el hombre atado a servidumbre. Si bien la libertad todavía no es un tema que puede ser entendido como

siglos más tarde, el mismo burgués no tiene claridad al respecto, puesto que no es para él una cuestión política, sino sólo una ventaja para comerciar. Se presenta entonces una inquietud que, aunque todavía oscura, abrirá nuevos cauces históricos.

Lo que caracteriza a la nueva ciudad medieval, cuna de un “nuevo hombre”, el burgués, es el dinamismo que imprime a toda la actividad comercial y el carácter que esta adquiere en el juego político interno. Una aclaración necesaria: este hombre burgués, el burgués, debe pensarse por separado del modelo que aparecerá en el siglo XVIII. Por ello dice Henri Pirenne<sup>9</sup> (1862-1935): «... jamás hubo en el pasado un tipo de hombre tan específico y claramente urbano como el que compuso la burguesía medieval». El origen de estas ciudades está intensamente ligado a la reactivación del comercio y a la importancia que ésta adquirió en el nuevo ordenamiento económico-social que se estaba gestando. Le Goff advierte algunas diferencias entre las nuevas ciudades respecto de aquellas que sobrevivieron a la caída del Imperio:

En estas nuevas ciudades, en estos nuevos barrios, se manifiesta un nuevo espíritu urbanístico. El plano regular, circular o, más corrientemente, en damero, expresa una madurez del genio urbano, un esfuerzo de “racionalización” que deja adivinar mutaciones mentales... La construcción de nuevas murallas materializa, a través de toda la cristiandad, el crecimiento de las ciudades más antiguas... Aproximadamente entre 1100 y 1230, Viena conoce cuatro murallas sucesivas que enmarcan un perímetro que se amplía sin cesar... Las ciudades... inspiran imágenes urbanas estilizadas. Los escudos de las ciudades... se cuentan entre los primeros testimonios de esta mentalidad urbana.

Otra característica destacable de ese crecimiento es que va a ser sostenido e imparable, a diferencia de lo que ocurrió en otros centros urbanos de mucha mayor antigüedad, que se mantuvieron como pequeñas villas, o poblados sin importancia. El historiador Pirenne describe el proceso con estas palabras:

Las aglomeraciones comerciales se caracterizan, a partir del siglo X, por su crecimiento ininterrumpido. Atraen continuamente a nuevos habitantes. Se dilatan con un constante movimiento cubriendo un espacio cada vez mayor de forma que, a comienzos del siglo XII, en un buen número de lugares, rodean ya por todas partes a la primitiva fortaleza en torno a la cual construyen sus casas. Desde comienzos del siglo XI, se hizo indispensable crear nuevas iglesias y repartir la población en nuevas parroquias... El modelo original es generalmente muy sencillo. Un mercado junto al río que atraviesa la localidad o bien en su centro, es el punto de intersección de sus calles que, partiendo de allí, se dirigen hacia las puertas que dan acceso al campo; porque el suburbio comercial, y es importante destacar este hecho con especial atención, se rodea en seguida de construcciones defensivas.

Las nuevas ciudades se iban construyendo alrededor de las viejas. En aquellos casos, muy numerosos por cierto, en que se hacía sentir la revolución a que era sometida la antigua ciudad, ésta era víctima de serias tensiones, entre lo viejo y lo nuevo. Todavía en los escritos de la época puede advertirse la diferencia de denominación: la vieja ciudad seguía siendo llamada *cives* (en el territorio del viejo imperio); en cambio, a los terrenos ocupados por las nuevas construcciones y el área comercial, desde comienzos del siglo XI, se los comienza a llamar nuevos burgos, y a sus habitantes, burgueses.

\*\*\*\*\*

---

<sup>9</sup> Historiador belga. Profesor de Historia desde 1892 y hasta su muerte, en la Universidad de Gante. Es conocido como uno de los grandes historiadores del siglo XX, en particular por lo que se conoce como la Tesis de Pirenne (una reinterpretación vigorosa e inédita sobre el inicio y duración de la Edad Media).

## *La armonía en la vida de la comuna urbana*

La Revolución que el hombre burgués propone y desarrolla, en esta primera etapa, se irá concretando alrededor de la obtención de ventajas y privilegios para sus necesidades industriales y comerciales. Sólo después adquirirá el carácter político de los siglos XVII y XVIII, en los cuales ya podemos hablar de la aparición del ciudadano como sujeto de derechos civiles. Pirenne, como resultado de sus investigaciones puede afirmar sobre este tema:

Basta con echar una ojeada sobre sus principales reivindicaciones para convencerse de que no van más allá de lo estrictamente necesario. Se trata, antes que nada, de la libertad personal, que garantizará al mercader o al artesano la posibilidad de ir y venir, residir donde quiera y poner a punto su persona, así como la de sus hijos, al abrigo del poder feudal. Inmediatamente después reclama la concesión de un tribunal especial, gracias al cual el burgués podrá eludir la multiplicidad de jurisdicciones de las que depende y los inconvenientes del procedimiento formalista del antiguo derecho. Y, finalmente, un grado más o menos extenso de autonomía política y de autogobierno local.

El producto del trabajo tenía una estrecha relación con el productor. No era una mera mercancía, como ocurrirá en pleno capitalismo; existía el orgullo de la producción artesanal, rayano en lo artístico. Esta manera de entender el trabajo quedará de lado, no mucho tiempo después, con la producción en gran escala que exigen los mercados de ultramar. La Reforma religiosa no generó el espíritu capitalista, pero sin ella es difícil que la conciencia social hubiera dado un paso tan grande que desmoronara tradiciones tan arraigadas y posibilitara un proceso de tal magnitud. Es necesario tener en cuenta que todo proceso de cambio histórico es tributario de un complejo sistema de factores, que se condicionan mutuamente, se modifican, que el hacer y el pensar humanos, combinados en diferentes dosis, producen un resultado, difícil de prever y explicar.

Se puede entrever en esta síntesis el proceso de tibia autonomía con que comienza lo que llegará a ser la futura entronización del poder burgués que se coronará, posteriormente con la Revolución Francesa, en el siglo XVIII. Desde comienzos del siglo X, entonces, podemos observar este proceso de conquistas paulatinas que, a mediados del siglo XII, conseguirá las primeras formas de autonomía comunal. Así va a institucionalizar formas de organización que consolidarán la incipiente autonomía que exhibían desde el comienzo.

Lo que intento rescatar de esta etapa es el carácter moral que impregna la legislación urbana. Según Rubén Calderón Bouchet<sup>10</sup> (1918) ésta transcribe en reglas jurídicas «los principios morales impartidos por la doctrina cristiana», para quien era necesario «establecer para cada producto el justo precio, esto es, el precio mínimo». Podríamos decir, con conceptos actuales, un esbozo del estado benefactor en el nivel comunal, que velaba por la armonía interna de la ciudad, para lo cual debía preservarse la calidad de la producción y el trato justo en el comercio. Realizó todo esto de modo tal, que despierta la admiración de Pirenne, quien lo expresa con palabras que no pueden sino sorprendernos:

Lo consiguieron mediante una reglamentación tan maravillosamente adaptada a su objetivo que se la puede considerar como una obra maestra de su género. La economía urbana es digna de la arquitectura gótica, de la que es contemporánea. Creó todas las piezas y diría gustosamente que creó ex nihilo una legislación social más completa que la de cualquier otra época de la historia incluida la nuestra. Al suprimir los intermediarios entre el comprador y el vendedor, garantizó a los burgueses el beneficio de una vida barata, persiguió incansablemente el fraude, protegió al trabajador

---

<sup>10</sup> Licenciado en Filosofía por la Universidad de Cuyo. Profesor de Historia de las Ideas Antiguas y Medievales, en la Escuela de Estudios Políticos y Sociales de Mendoza. Fue contratado por la Facultad de Filosofía y Letras de Mendoza, como profesor de Ética Social, hasta 1993.

contra la competencia y la explotación, reglamentó su trabajo y su salario, cuidó la higiene, se ocupó de su aprendizaje, impidió el trabajo de las mujeres y de los niños, al mismo tiempo que consiguió reservar para la ciudad el monopolio de alimentar con sus productos los campos de los alrededores y encontrar en zonas alejadas salidas para su comercio.

No podemos dejar de admirar que en una organización sociopolítica de varios siglos atrás se haya tenido en cuenta la preservación de ciertas dimensiones — lo industrial, lo comercial, lo social y lo cultural— de modo tal que privilegiara los contenidos humanos por sobre lo mercantil. Pero debo decir que esta sorpresa sólo encuentra explicación en el ocultamiento histórico que se ha hecho de esta experiencia política, que se convierte en una especie de crítica respecto de la comparación con el capitalismo posterior. Es necesario estudiar este tipo de organización de la vida en comunidad, que atendiera a tantas y tan variadas cuestiones, y las resolviera de ese modo para seguir pensando un mañana mejor. La autoridad académica y la seriedad intelectual de quien nos cuenta esto no permiten dudas sobre el particular. Sostiene este autor que la monumentalidad de las catedrales del siglo XIII sólo fue concebible, en su realización, por el enorme entusiasmo de los burgueses, puesto que veían en su construcción, no sólo una glorificación de Dios sino, al mismo tiempo, una glorificación de sus ciudades para las cuales constituían, junto a sus torres, un magnífico ornamento.

\*\*\*\*\*

### *El perfil del hombre comunitario*

La incursión histórica en la época revisada tiene por objeto conocer esa experiencia y, sobre todo, el perfil humano de aquellos hombres tan diferentes del hombre de hoy, que he definido como “el consumidor”. En este juego de espejos entre dos épocas, podremos ir descubriendo el recorrido de la cultura, de sus usos, hábitos, modos de vivir, que pintan dos personajes que, en la continuidad de su proceso, muestran dos polos contrapuestos. Escuchemos el relato de los investigadores.

La descripción de Pedro Kropotkin<sup>11</sup> (1842-1924) sobre la vida en las comunas medievales nos ofrece una pintura de aquellas prácticas sociales. No debe perderse el acento que este investigador coloca en los aspectos solidarios de esta estructuración de la comuna aldeana. Leámoslo:

El objeto principal de la ciudad medieval era asegurar la libertad, la administración propia y la paz; la base principal de la vida de la ciudad era el trabajo. Pero la producción no absorbía toda la atención del economista medieval. Con su espíritu práctico comprendía que era necesario garantizar el consumo para que la producción fuera posible; y por esto proveer a la necesidad común de alimento y habitación para pobres y ricos era el principio fundamental de la ciudad. Estaba terminantemente prohibido comprar productos alimenticios y otros artículos de primera necesidad antes de ser entregados al mercado, o a comprarlos en condiciones especialmente favorables, no accesibles a todos, en una palabra, especular. Todo debía ir primeramente al mercado y allí ser ofrecido para que todos pudieran comprar hasta que sonara la campana y se anunciara el cierre. Sólo entonces podía el comerciante minorista comprar los saldos restantes: pero aún en este caso su beneficio debía ser un beneficio honesto... En una palabra, si la ciudad sufría necesidad, la sufrían entonces, más o menos, todos; dentro de sus muros nadie podía morir de hambre.

---

<sup>11</sup> El príncipe Piotr Alekséyevich Kropotkin fue geógrafo y naturalista, pensador político ruso, considerado uno de los principales teóricos del movimiento anarquista, fundador de la escuela del anarco-comunismo que desarrolló la teoría del apoyo mutuo.

Documentos de la época, en los que se apoya la investigación, demuestran que en muchas ciudades se designaban funcionarios para la compra de lo que en ella no se producía, y se ofrecía por igual a todos los comuneros (los habitantes de las comunas) por las ventajas de un menor costo por cantidad. Del mismo modo, muchos gremios artesanales compraban sus materias primas para la comunidad y repartían las utilidades por el logro de un mejor precio les proporcionaba. El espíritu del cristianismo se reflejaba en toda la actividad económica: el trabajo era considerado un deber moral hacia el prójimo, ya que cumplía una función social; la idea de justicia con respecto a la ciudad, y la de verdad con respecto al productor y al consumidor y sus intercambios, eran la regla de todas las relaciones sociales.

Reinaba un espíritu tal en el orgullo por el trabajo bien hecho por cualquier artesano, que los defectos de fabricación avergonzaban a quien lo producía. Los defectos técnicos en las manufacturas afectaban el prestigio de toda la comuna, puesto que atentaban contra la confianza pública; por ello, como la producción era un compromiso social, quedaba bajo el control de la corporación del gremio la verificación de calidades, precios y modelos. Es probable que el tono de este relato parezca paradisiaco; sin embargo, es necesario reparar en esta descripción que niega la imagen divulgada por la Ilustración sobre la Edad Media. Es necesario dejar afirmado que una decisión política del liberalismo del siglo XIX contribuyó también a esa mala imagen. Nuestra educación así nos lo ha transmitido, por ello vale el señalamiento de Jacques Le Goff:

Aquellos que hablan de oscurantismo no han comprendido nada. Esa es una idea falsa, legado del Siglo de las Luces y de los románticos. La era moderna nació en el medioevo. El combate por la laicidad del siglo XIX contribuyó a legitimar la idea de que la Edad Media, profundamente religiosa, era oscurantista. La verdad es que la Edad Media fue una época de fe, apasionada por la búsqueda de la razón. A ella le debemos el Estado, la nación, la ciudad, la universidad, los derechos del individuo, la emancipación de la mujer, la conciencia, la organización de la guerra, el molino, la máquina, la brújula, la hora, el libro, el purgatorio, la confesión, el tenedor, las sábanas y hasta la Revolución Francesa.

\*\*\*\*\*

## *Las normas de vida del hombre urbano*

Un aspecto importante que nos ayuda para la comprensión de un modo de vida y un modelo de hombre raramente encontrado hoy, es poner la mira en el orden institucional que promovía y custodiaba las normas rectoras de aquel modelo de vida social. Es rescatable, desde nuestra perspectiva, recuperar la existencia de formas orgánicas institucionales, de producción y distribución, así como de control, en las que se imponía el sentido de servicio, aunque no excluía la necesidad de producir beneficios. En la línea de lo que veníamos leyendo, Kropotkin afirma:

Realmente, cuanto más estudiamos las ciudades medievales, tanto más nos convencemos de que nunca el trabajo ha sido tan bien pago y ha gozado del respeto general como en la época en que la vida en las ciudades libres se hallaba en su punto de máximo desarrollo. Más aún. No sólo muchas de las aspiraciones de nuestros socialistas modernos habían sido ya realizadas en la Edad Media, sino que mucho de lo que ahora se considera utópico se aceptaba entonces como algo completamente natural.

Puede parecer ridículo y hasta dar lugar a incredulidad, que alguien pretenda que el trabajo deba ser agradable y producir placer, que deba posibilitar la manifestación y realización de la persona humana. Sin embargo, al leer la ordenanza de una pequeña ciudad medieval, Kuttenberg, hoy República Checa, debemos

aceptar que el investigador ruso lleva razón en lo que sostiene, cuando afirma que los que parecen sueños de un futuro imposible ya se realizaron en el pasado. Esta ordenanza nos recuerda la severidad del juicio de san Pablo, “quien no quiera trabajar que no coma”, por el peso del espíritu cristiano en esa época. Leamos la ordenanza:

Cada uno debe hallar placer en su trabajo y nadie debe, pasando tiempo de holganza, apropiarse de lo que se ha producido con la aplicación y el trabajo ajeno, pues las leyes deben ser un escudo para la defensa de la aplicación y el trabajo.

Para reafirmar las distancias que separan el mundo medieval (desde el siglo X hasta el XV) del mundo capitalista moderno (desde las formas primeras que éste adquirió a partir de los siglos XV y XVI) —un espacio de cuatro o cinco siglos entre ambos—, recorro a Richard Henry Tawney<sup>12</sup> (1880-1962), cuando sostiene que:

La más fundamental diferencia entre el pensamiento económico medieval y moderno consiste, ciertamente, en que mientras éste alude normalmente a la conveniencia económica, como quiera se la interprete, en la justificación de cualquier acto particular, política o sistema de organización, parte aquél de la posición que supone la existencia de una autoridad moral a la que han de subordinarse las consideraciones de la conveniencia económica.

Dicha autoridad moral se hacía sentir como un clima de época, como un consenso espiritual que regía las conductas humanas. No quiere decir esto que no hubiera bribones, especuladores o estafadores; pero éstos eran una lacra, una patología social, así vista por la comunidad. Eran marginales al sistema de creencias y valores y a las prácticas sociales de aquel tiempo. Debe hacerse la aclaración de que se habla de la cultura de las ciudades; no, del orden señorial que dominaba la zona rural. Como expresión de ese modo de pensar y vivir a mediados del siglo XIII, podía afirmar Tomás de Aquino<sup>13</sup> (1225-1274) en su *Summa Theologica*:

Según el orden instituido por la Divina Providencia los bienes han sido creados para abastecer las necesidades de todos los hombres. La división de los bienes y su apropiación en virtud de la ley humana no frustran este propósito. En consecuencia, aquellos bienes que el hombre posee en exceso, lo debe, por ley natural, a los pobres.

\*\*\*\*\*

## *La corporación como institución reguladora*

La vida que se fue desarrollando dentro de las comunas urbanas fue requiriendo una normatividad y una institucionalidad que acompañaran el crecimiento poblacional y la complejidad creciente de los problemas por resolver. El siglo XI nos muestra este proceso en pleno desarrollo, y un siglo después, en todo su vigor. La producción para satisfacer las necesidades de esas comunidades fue atendida, en un principio, por el trabajo artesano bajo pedido en su domicilio, que comienza siendo ejecutado por un productor. Elabora materias primas para fabricar por encargo de algún vecino de la aldea. Con el aumento de la población que va experimentando Europa, se registra un aumento de la demanda, que convierte a ese artesano en un

---

<sup>12</sup> Filósofo social e historiador económico, nacido en la India, de ascendencia británica. Estudió en el College, Oxford; profesor de Historia Económica en la *London School of Economics*. Su ideología se centró en la cuestión social, principalmente en la reconstrucción social.

<sup>13</sup> Teólogo y filósofo católico italiano, el principal representante de la tradición escolástica, fundador de la escuela tomista de teología y filosofía.



pequeño empresario con aprendices a su cargo. El aumento de la población queda expresado en este comentario de Le Goff:

La población aumenta aproximadamente en un tercio el número de bocas que hay que alimentar, cuerpos que hay que vestir, familias a las que hay que alojar, y almas a las que es preciso salvar. Necesita por tanto aumentar la producción agrícola, la fabricación de objetos de primera necesidad: en primer lugar los vestidos y la construcción de viviendas. Las necesidades fundamentales de esa época, de los siglos XI y XII, y las urgencias que debe satisfacer primeramente son: el desarrollo agrícola, el progreso textil y el auge de la construcción.

El desarrollo de los diferentes oficios, por una creciente división cada vez más especializada del trabajo y la necesidad de defender las conquistas de ventajas obtenidas en el ejercicio de la profesión, lleva a la aparición de formas orgánicas para consolidar esa defensa. Aparecen así las *corporaciones de gremios artesanales*. Estas corporaciones actuaron como una organización que asumía funciones de control sobre las conductas profesionales y comerciales, bajo una mirada moral. Es necesario subrayar, para una comprensión más acabada, el peso que la moral cristiana tenía en la cultura de esos tiempos. Es por ello que el cristianismo dio, sin lugar a dudas, una caracterización propia a las corporaciones medievales. Al carácter religioso medieval, le agregó una finalidad de moral social, que de él se desprendía.

Era común que cada corporación artesanal se instalara cerca de una capilla o una parroquia, por lo cual se las colocaba bajo la advocación de un santo que se convertía en su patrono. Se celebraban las festividades con un gran sentido fraternal, que terminaban en grandes festines, llamativos en nuestros tiempos por la solidaridad y la alegría, fiestas que, muchas veces, servían para la recolección de fondos para beneficencia. La finalidad moral de las organizaciones respecto del medio social es expresada por este autor con estas palabras:

Por otra parte, reglas precisas fijaban para cada oficio los deberes de los patrones y de los obreros, así como los deberes de los patrones entre sí. Hay, es cierto, reglamentos que pueden no estar de acuerdo con nuestras ideas actuales; pero debe juzgarse con la moral del tiempo, ya que es a ésta a la que expresa. Lo que es indiscutible es que están todos inspirados por la preocupación, no de tales o cuales intereses individuales, sino del interés corporativo, bien o mal entendido, eso no importa.

Los artesanos trabajaban, al principio, casi exclusivamente para el mercado local, mantenían un muy bajo nivel de cantidades y producían manufacturas, previamente vendidas. Éstas estaban calculadas por las necesidades conocidas y expresadas por sus destinatarios, de modo que no había peligro de saturar el mercado, ni de entrar en competencia de precios, que estaban establecidos por la corporación, para obtener la elección del cliente.

Esta organización no era sólo de carácter profesional, sino que respondía a necesidades más amplias de sus miembros. Como ya quedó dicho, en las corporaciones de artesanos se celebraban fiestas en las que se reconocían las habilidades especiales y el trabajo bien hecho. El producto del trabajo tenía una estrecha relación con el productor. Era el resultado de su habilidad, casi se diría de su arte, y esto daba lugar al orgullo por la tarea bien realizada. La subordinación del interés particular al interés general conlleva siempre una moral solidaria, un sentido de la corresponsabilidad, un sentimiento de solidaridad, pues implica el sacrificio del deseo propio en pos de la satisfacción del conjunto. Esto se ve en general en todas las corporaciones de artesanos y comerciantes. Prueba de ello es que, como afirma Kropotkin:

Estos reglamentos sobre los aprendices y obreros están lejos de ser desdeñables para el historiador y el economista. No son la obra de los siglos "bárbaros". Llevan el sello de una perseverancia y de un cierto buen sentido que son, sin duda, dignos de ser señalados.

\*\*\*\*\*

## *El hombre originario*

En las páginas anteriores he hablado de sorpresa ante la descripción de formas de vida que encuentran algunas dificultades en ser aceptadas como experiencias históricas<sup>14</sup>. Tal es el peso de los prejuicios que ha concebido, desarrollado y divulgado el “hombre blanco occidental” respecto del perfil sociocultural de los hombres de culturas diversas de la occidental moderna, o ancestrales, o de aquellas que aún mantienen formas de vida similares a éstas en pueblos de la periferia del mundo. Por tal razón, presentaré un muy breve recorrido, con la ayuda de la opinión de investigadores de sólida formación, la mayor parte de ellos pertenecientes a prestigiosas universidades. La intención es tomar nota de que la experiencia de la Europa medieval puede encontrar antecedentes en muchas otras formas de vida socio-política en pueblos esparcidos por todo el planeta.

Para comenzar, veamos lo que nos cuenta Alicia Tapia<sup>15</sup> sobre los inicios, cuando se pueden detectar los primeros ejemplares del género *homo* —más de un millón de años atrás— en una descripción de las relaciones internas de la comunidad originaria:

Sin dar preeminencia a ninguno de los dos sexos, sino por el contrario destacando el rol cooperativo de ambos para la supervivencia de la especie, se formula la hipótesis del alimento compartido. La división sexual del trabajo ubicaría a la mujer en las actividades relacionadas con la recolección de alimentos vegetales para el grupo y a los hombres con las actividades de obtención de proteínas mediante el aprovechamiento ocasional de carne por carroneo. La compartición se habría efectuado en lugares transitorios —a salvo de predadores peligrosos como los felinos- donde la interdependencia requería de lazos sociales cada vez más sólidos.

Todo indica un clima de cooperación, de apoyo mutuo, de solicitud, de gran solidaridad. Agrega a ello el investigador italiano Umberto Melotti, hurgando en los antecesores del género *homo* para acreditar que ese tipo de conductas encuentra raíces biológicas anteriores:

A la luz de los conocimientos actuales, podemos afirmar que la herencia social del hombre se formó a lo largo de un lento proceso evolutivo, cuyas primeras fases son muy anteriores a la hominización propiamente dicha. En líneas generales, el fondo de esa herencia se remonta a la vida social de los mamíferos, adquirida, sin embargo, de acuerdo a modalidades propias de los primates superiores en la fase arborícola de sus pasados antropoides... (pero también)... en la fase de la caza ... porque con la nueva actividad depredadora amplió las características de coordinación, cooperación y altruismo, presentes en los carnívoros más que en cualquier otro orden de mamíferos.

Insisto, porque creo necesario resaltar lo leído, que va contra lo que ha narrado la cultura moderna occidental: la cooperación, el apoyo mutuo, la solidaridad de los miembros del grupo fueron factores fundamentales para la sobrevivencia de esas especies anteriores, en condiciones altamente desfavorables desde el punto de vista de las condiciones ambientales, y del hábitat compartido con otras especies altamente depredadoras; características que heredará luego el género *homo*. “Una criatura tan débil y tan pobremente dotada como el hombre, no podía aisladamente, sobrevivir, desarrollarse con éxito, en medio de los grandes

---

<sup>14</sup> Para un estudio más detallado de este tema, se puede consultar mi trabajo *El hombre originario*, sobre el que baso este tema, publicado en la página [http://ricardovicentelopez.com.ar/?page\\_id=2](http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2).

<sup>15</sup> Arqueóloga e investigadora argentina, profesora de la UBA y de la Universidad de Luján.

animales o las fieras, que constituían una parte importante de su dieta” afirma el arqueólogo Gordon Childe (1892-1957)<sup>16</sup>.

Es muy interesante también la hipótesis de la “feminización” de la especie humana, producida a partir de período de un asentamiento en la zona de Oriente Medio. Se denomina así por lo que podría caracterizarse de otro modo como una “dulcificación” de las relaciones entre los miembros de la comunidad, cuya causa, probablemente se deba a la agricultura y la domesticación de animales, lo que les permitió abandonar la rudeza de la caza. Estamos a las puertas de lo que se ha dado en llamar la *Revolución neolítica*, de difícil datación precisa pero que se puede ubicar, según algunos pueblos que habitaron el territorio del Asia Menor, alrededor de entre unos 12.000 y 10.000 años atrás. En esa etapa, se empieza a dar en esos pueblos una transformación de los hábitos de vida, que los lleva al cambio del *nomadismo* al *sedentarismo*.

El comienzo de la práctica de la alfarería debe de haber sido una iniciativa femenina también, por las modalidades que ese trabajo impone. La observación de los cambios producidos en las arcillas mojadas secadas al sol, y la dureza que adquirirían, deben de haber sugerido la idea de trabajarla. La permanencia de la mujer en los campamentos o aldeas debe de haberle dejado largas horas de ocio y, durante ellas, es probable que haya observado e investigado nuevas formas de manufacturas, dado que el trabajo de la piedra era fundamentalmente masculino.

De lo dicho hasta ahora, podemos afirmar que la hipótesis del *salvaje primitivo* ha quedado científicamente descartada. Esto nos remite a pensar cuánto prejuicio encerraba esa manera de pensar a aquellos hombres, cuánto de justificación del egoísmo burgués capitalista se esconde detrás de esa ideología. Por otra parte, nos abre caminos hacia una reflexión sobre mundo más equitativo.

\*\*\*\*\*

## Parte II: *El burgués egoísta y el trabajador explotado*

Pasemos ahora a revisar los siglos siguientes, del XVI al XX, coincidentes con la denominada época de la Modernidad, cuando la burguesía da un salto de calidad por el cual se coloca en el juego de disputas por el poder. En el siglo XVIII, mostrará su capacidad de convertirse en un actor importante, protagonista de la Revolución Gloriosa Inglesa y de la Revolución Francesa, que cambiarán la condición humana y se convertirá en modelo cultural de exportación.

La línea iniciada en la primera parte de esta investigación continúa aquí apuntando a los cambios en el perfil del hombre, que va a sufrir modificaciones importantes. Aparece la posibilidad del *hombre emancipado*, aunque la promesa no terminara cristalizando en la medida de todo lo que parecía anunciar. Si el siglo XVIII avanzó por el camino de las revoluciones políticas —aunque este avance se manifestó también en el desarrollo de las técnicas de producción—, en la dimensión social la Revolución Industrial frustró lo que parecían ser pasos adelante en la liberación humana. La contradicción entre los avances en las libertades cívicas y los retrocesos en el mundo del trabajo opacaron, y hasta limitaron, esas posibilidades de desarrollo humano.

\*\*\*\*\*

---

<sup>16</sup> Prehistoriador y arqueólogo australiano, radicado en Londres. Profesor de arqueología prehistórica en la Universidad de Edimburgo y director del Instituto de Arqueología de la Universidad de Londres.

## *Un nuevo mundo y un nuevo hombre*

Debemos, por consiguiente, ahora enfrentar una pregunta cuya respuesta no es sencilla, accesible, pero que no podemos soslayar para avanzar en esta investigación: aceptando lo expuesto anteriormente como relato histórico de la experiencia desarrollada entre los siglos X y XV, ¿cómo pudo surgir una transformación tan radical de la comuna urbana, la desintegración de su modo de vida, y cómo fue apareciendo una cultura burguesa individualista, materialista, que se desentendió de los sentimientos solidarios? Señalemos que este proceso adquiere su mayor solidez después de la Revolución Industrial Inglesa. Si el sistema de valores que sostenía la comuna urbana estaba sustentado en la solidaridad y el apoyo mutuo, contenidos por instituciones que funcionaban como un muro de contención de los posibles desbordes de las ambiciones y deseos desmedidos, ¿qué debilitó esa forma de vida?

El deseo y la ambición son tan viejos como las primeras formas de relación social estructuradas como sociedad de clases, cuya aparición puede ser ubicada hace unos diez mil años. Esto llevó a Carlos Marx (1818-1883) a decir: «Toda la historia de la sociedad humana, hasta la actualidad, es una historia de luchas de clases». La riqueza, la envidia y la codicia que estas desigualdades despiertan, las conocía el hombre desde entonces. Entonces, ¿cómo se impuso el imperio de esas pasiones que desbordaron el orden institucional de la comuna que había funcionado bien durante siglos?

Esto nos lleva a la necesidad de analizar el período de la historia de Europa comprendido entre los siglos XVI y XX. La descripción histórica nos ayudará en la ubicación temporal de esos acontecimientos, al abrirnos el camino para la búsqueda de explicaciones más profundas. Ahora veamos cómo se dan los procesos de cambio.

Es casi una constante histórica que estos procesos comienzan a producirse cuando la decadencia del orden social existente, generada por el agotamiento del proyecto espiritual, cultural, económico y político, ya no está en condiciones de dar las respuestas necesarias a los nuevos requerimientos. Esa incapacidad lleva a que se deteriore el sistema de creencias y el conjunto de normas que lo sustenta. Este debilitamiento da lugar a una dialéctica en el entrecruzamiento de factores que se condicionan y se modifican mutuamente lo que, a su vez, permite el nacimiento de otras formas institucionales y políticas que comienzan a dar otra configuración a la sociedad naciente.

En otras palabras, el cambio histórico es la consecuencia de un deterioro de lo establecido, que ya no puede contener el conflicto que está generándose en su seno. El nacimiento de lo nuevo, ya en germen dentro del viejo sistema, demanda espacio. Todo ello es causado por la concurrencia de una serie muy grande de factores, internos y externos, no siempre detectables para el hombre contemporáneo. Debemos entender que lo nuevo siempre se construye con parte de lo anterior, integrado en un reordenamiento que comenzará a ofrecer soluciones que anteriormente no se habían podido lograr, por las limitaciones de viejo sistema. Del éxito de esas propuestas dependerá la consolidación de la nueva sociedad.

Posiblemente, entre los siglos XIV y XV, algunas vacilaciones del sistema de creencias que sostenía la forma ascética de vida de la comuna medieval, dan lugar al inicio de algunos valores que critican los anteriores, para ir configurando una nueva tabla de valores: por ejemplo, la aceptación de la acumulación de bienes por parte de un sector social, hasta entonces rechazada. El final del siglo XV incorporará las Nuevas Tierras que ampliarán el área de comercio, al permitir a los mercaderes —cuya actividad estaba restringida al área local— lanzarse a nuevos mercados. La dinámica que se instaura a partir de comerciar con regiones tan distantes fisura la solidez de la moral medieval. A través de esas fisuras, se filtran otros modos de pensar y obrar, acordes con las prácticas de vida de una burguesía distinta, más ligada a la aventura y al tráfico entre

regiones muy alejadas y diferentes; a la especulación, al saqueo, una codicia desatada que irrumpe en el viejo orden medieval.

Todo ello nos posibilita tomar conciencia de las relatividades de las normas y costumbres comunitarias, juzgadas después desde una moral individual que encontrará, después en la Reforma eclesiástica, su expresión teológica<sup>17</sup>. Esto abre un camino a la osadía en la innovación y el cambio, al empujarse cada vez más el límite de lo permitido, que va precipitando el deterioro del peso de las normas medievales y su validez. El camino que la ciudad abrió para sí se irá expandiendo por todas partes. Nos vamos encontrando así, lentamente, con un trastocamiento de valores: la fuerza de lo nuevo sepulta la vigencia de lo tradicional. Estamos, entonces, ante un nuevo orden social naciente. Impera otro sistema de valores. Nace una clase social renovada en sus objetivos: la burguesía comercial y financiera. Un nuevo mundo que se irá imponiendo lenta pero inexorablemente, el del hombre moderno. Éste entra en escena para conquistar gran parte de aquél.

\*\*\*\*\*

## *Los cambios en Europa y el oro de América*

No debemos olvidar que el período que estamos revisando reconoce una serie de líneas históricas superpuestas en tiempos simultáneos, en espacios a veces comunes; otras, diferentes. El descubrimiento de las Nuevas Tierras —nuevas para los hombres que se habían lanzado al mar con objetivos no del todo confesables— incorpora culturas, hábitos, bienes, sobre todo oro y plata, que modificarán el mundo europeo. Transcribo lo que escribí en otra parte: respecto de los dos mundos que se “encuentran”, sostiene el ensayista Germán Arciniegas<sup>18</sup> (1900-1999), en *El revés de la historia*, un novedoso concepto, que expresa muy elocuentemente un nacimiento simultáneo:

Para llegar a una precisión más justa, convengamos en que el 12 de octubre de 1492 separa en forma tan profunda el pasado de la Edad Moderna, que puede hablarse con toda propiedad de una Europa Precolombina y una Europa Americana... Todo cambia radicalmente el día en que América viene a figurar como el personaje inesperado que entra a despertar un nuevo diálogo, después de quince siglos o más de soledad. Su mera presencia modifica las bases de la filosofía y la ciencia. El hombre común entra a vivir de otra manera.

La habitualidad con la que se habla de lo que España trajo a América oculta las modificaciones profundas que la existencia de América introdujo en Europa. El profesor Jaime Murillo Víquez<sup>19</sup> (1942) nos informa:

La plata extraída de América entre 1530 y 1650 ascendió a 11.600 toneladas, es decir, un promedio anual de 96.600 kg/año. En la década 1591-1600 llegó a la cifra de 2.707.626 kg, lo cual da un promedio de 270.750 kg/año. En cuanto al oro, la cantidad extraída a lo largo de todo el siglo XVI fue

---

<sup>17</sup> Para un estudio más detallado, puede consultarse mi trabajo *Los orígenes del capitalismo moderno*, Parte II (La redacción de esta parte se basa en este trabajo) publicado en la página [http://ricardovicentelopez.com.ar/?page\\_id=2](http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2).

<sup>18</sup> Ensayista e historiador colombiano. Estudió Derecho en la Universidad Nacional de Colombia. Fue profesor universitario en Colombia, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de los Andes y profesor en la Universidad de Columbia, en Nueva York.

<sup>19</sup> Profesor asociado de la Universidad Nacional de Costa Rica a cargo del Centro de Documentación Económica y Social de Centroamérica, investigador y ensayista.

de 153.561 kg, lo que da una producción media anual de 1.583 kg. La producción anual máxima fue estimada en 4.262 kg.

Otros investigadores han calculado que, en ese período, Europa recibió entre cinco y seis veces la cantidad de oro y plata que tenía. Respecto de este largo proceso del llamado período moderno —del siglo XV al XVIII—, sigue afirmando el profesor:

La Europa occidental se vio sometida al impacto del oro extraído de América, y fueron los metales preciosos puntal de la acumulación originaria o primitiva del capital, y productores de importantes efectos culturales y económicos, como la inflación de los precios, e incluso cambios en las condiciones de vida.

El desarrollo de las relaciones de producción en la Europa del oeste, como resultado de los cambios producidos, condujo a las revoluciones burguesas en Inglaterra y Francia, que darían lugar a la construcción del camino capitalista y burgués que introduce el dominio del poder político por esa clase dominante. Esas revoluciones y otros movimientos de este carácter, fueron analizados y teorizados por la ideología liberal, ubicada dentro del movimiento de la Ilustración.

Desde mediados del siglo XV y hasta mediados del XVIII, la economía europea se caracteriza por una gran expansión del comercio y de los mercados, un auge mercantil que precede y prepara el advenimiento de la Revolución Industrial. Uno de los factores importantes de la nueva fase de expansión económica estuvo representado por los cambios tecnológicos, presentados durante toda la segunda parte del siglo XV. Hubo un desarrollo de la imprenta, de las técnicas de la minería y la metalurgia, de las armas de fuego y de la navegación, que tenía un relativo gran desarrollo desde principios de siglo. Europa iba procesando cambios que anunciaban el nuevo mundo burgués.

Se puede detectar, en los inicios de la empresa de conquista de América, un nuevo modo de pensar y de vivir, típico del final de una Edad Media que se desmoronaba. Y ya, aunque incipiente, comenzaba a hacerse perceptible en el continente europeo a principios del siglo XVI: los habitantes de este mundo que nacía, empiezan a aspirar a una vida menos agobiada, más cómoda y lujosa que la de sus antepasados. El dinero empieza a ser el medio para lograr todo ello, el máximo signo de bienestar y riqueza, cada vez más deseado. La gran acumulación de capital —basada fundamentalmente en los metales preciosos saqueados en América y en la absorción de tierras— y las formas de producción artesanales en Europa originan una masa de capital importantísima en los comienzos del capitalismo, llamada “acumulación originaria” o “primitiva del capital”, fundamental para que el capitalismo pudiera desarrollarse en las metrópolis.

Este complejo proceso de cambio puede darnos algunas pistas de las modificaciones que las relaciones sociales comienzan a experimentar, cuya consecuencia es la conformación de un nuevo perfil humano. Poco a poco, la demanda de bienes del mercado internacional comienza a incrementarse, el comercio se va extendiendo a otras comarcas, y el pequeño taller familiar se va convirtiendo en fábricas de mayores dimensiones. El trabajo que comenzaba y concluía en un solo taller irá dividiendo tareas con otros talleres y especializándose en la fabricación de partes, que luego serían ensambladas en algún otro taller.

La manera artesanal de entender el trabajo queda de lado, no mucho tiempo después, con la producción en gran escala que exigen los mercados de ultramar. Es probable, como sostiene Amintore Fanfani<sup>20</sup> (1908-1999): «Los orígenes de la dirección individualista en materia económica se remontan a las primeras manifestaciones del espíritu renacentista y, por consiguiente, se habían revelado en un mundo que no había sufrido todavía las predicaciones protestantes». Está señalando la ruptura del orden eclesial católico por el

---

<sup>20</sup>Político italiano, Presidente del Consejo de Ministros de Italia, en varias oportunidades.

cuestionamiento de las iglesias reformadas que comienza con Martín Lutero<sup>21</sup> (1483-1546) y Jean Calvino<sup>22</sup> (1509-1564). La conciencia social europea ha dado un paso tan grande, que desmorona tradiciones muy arraigadas, y posibilita un proceso de una magnitud inesperada.

\*\*\*\*\*

## *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*

Tomo prestado el título del libro del mismo nombre de Max Weber<sup>23</sup> (1864-1920). Las repercusiones que han tenido sus tesis, aceptadas por gran parte de los investigadores posteriores me obligan a detenerme sobre este aspecto de la incidencia de la cultura en los cambios sociales. Lo más importante para señalar es que Weber encontró cierta correlación histórica, en el período de la Reforma Protestante, entre algunas de las consecuencias desprendidas de las formulaciones teológicas que Martín Lutero esgrimía en su lucha contra Roma y, fundamentalmente, en las de Juan Calvino. Encuentra, sobre todo en este último, cierta incentivación del afán de éxito económico, reprimido por la ética medieval, que restringía la actividad comercial a un servicio para el consumidor. Con metódico espíritu investigativo, Weber analizó la teología reformista y encontró allí algunas concomitancias entre la doctrina teológica y las prácticas sociales que se apartaban del molde medieval. Es interesante el planteo, en el primer párrafo de la Introducción, la justificación de sus investigaciones:

Cuando un hijo de la moderna civilización europea se dispone a investigar un problema cualquiera de la historia universal, es inevitable y lógico que se lo plantee desde el siguiente punto de vista: ¿qué serie de circunstancias han determinado que sólo en Occidente hayan nacido ciertos fenómenos culturales que, al menos tal como solemos representármolos, parecen marcar una dirección evolutiva de universal alcance y validez?

Su pregunta está dirigida a desentrañar las causas de estos “fenómenos culturales” que precipitaron en una nueva cultura que aceleró la revolución burguesa a partir del siglo XVII, sobre todo con el traslado de su centro neurálgico desde el Imperio Español a los Países Bajos.

Pero volvamos a Weber. La pregunta que se formula el profesor alemán es por qué “sólo en Occidente” encuentra su camino este modo de entender la producción y el comercio, y sospecha que existe alguna relación con las derivaciones de las teologías de Lutero y de Calvino. Veamos, entonces, en qué incide la teología en la cultura de su tiempo. Weber observa que le imprime un giro a la relación que el hombre medieval tenía respecto de los otros hombres, respecto de la naturaleza y respecto de Dios, y que esto debe tener alguna relación con el nuevo modo de pensarse y plantarse como hombre ante la trascendencia divina.

---

<sup>21</sup> Teólogo alemán, fraile católico agustino y reformador religioso, en cuyas enseñanzas se inspiró la Reforma Protestante. Inauguró la doctrina teológica y cultural denominada luteranismo, que influyó en las demás tradiciones protestantes.

<sup>22</sup> Teólogo francés, considerado uno de los padres de la Reforma Protestante. Más tarde, las doctrinas fundamentales de posteriores reformadores se identificarían con él, llamando a estas doctrinas “calvinismo”.

<sup>23</sup> Filósofo, economista, jurista, historiador, politólogo y sociólogo alemán, uno de los fundadores del estudio moderno de la sociología. Sus trabajos más importantes se relacionan con la sociología de la religión y el gobierno, pero también escribió mucho en el campo de la economía. Fue nombrado profesor de economía en la Universidad de Freiburg y, posteriormente, en la célebre Universidad de Heidelberg.

Martín Lutero fue un monje de la orden de san Agustín<sup>24</sup> (354-430), en la que aprendió el sentido de lo que se denominó por primera vez, el *pecado original* como una *falla originaria estructural, imposible de ser superada*. Su pensamiento adquiere un carácter antropológico y define al hombre como la sede del pecado. Claude Tresmontant<sup>25</sup> (1925-1997) afirma que: «El punto de partida de la herejía luterana es el pecado original». Nos dice Erich Fromm<sup>26</sup> (1900-1980) en *El Miedo a la Libertad*, corroborando lo expresado:

Una expresión aún más radical de la impotencia humana la proporcionó Lutero en su folleto “De servo arbitrio”, que entrañaba una crítica a la defensa que del libre albedrío formulara Erasmo: “Por lo tanto, la voluntad humana es, por decirlo así, una bestia entre dos amos: Si Dios está encima de ella, quiere y va donde Dios manda, como dice el salmo: Ante ti yo era una bestia y, sin embargo, estoy continuamente contigo (22,23,73). Si es el Diablo quien está encima de la voluntad, ésta quiere y va como Satán quiere. Ni está en poder de su propia voluntad el elegir qué jinete correrá ni a quien buscará, sino que son los jinetes mismos los que disputan para obtenerlo y retenerlo... Con respecto a Dios el hombre no posee libre albedrío, sino que es cautivo, un esclavo y un siervo de la voluntad de Dios o de la de Satán”.<sup>27</sup>

En estas palabras que cita de Lutero queda, dramáticamente expresada, la profunda angustia en la que se debate la antropología luterana. El hombre está perdido irremediablemente, su estructura es pura corrupción, nada hay en él rescatable ni nada puede hacer para modificarlo. Es aquí donde Weber percibe el cambio en la concepción del trabajo: de la obra creadora de la libertad humana en el Medioevo, pasa a ser la obligación que le impone Dios y que debe realizar con total sumisión. Lutero denomina “profesión” a este mandato, equivale a decir lo que el hombre está obligado a hacer por la fe (pro-fe). No debe confundirse con la acepción que mucho después adquirirá la palabra profesión, en el siglo XIX. Esta *profesión* es, por lo tanto, un *mandato divino* del que el hombre no puede sustraerse y que, por el contrario, su cumplimiento es acatamiento de la disposición de Dios y, al mismo tiempo, contribución a Su Obra.

Para Weber se produce, entonces, en el modo en que la teología de Lutero maneja ese concepto, un giro fundamental en la actitud del hombre respecto de su pasado medieval. Trabajar era antes una obligación moral de servicio a la comunidad sin ninguna relación con el Cielo. Trabajar es una actividad para la que es “elegido” cada hombre. Todo trabajo tiene, a los ojos de Dios, el mismo valor y es parte del *Plan Divino*. Su cumplimiento pasa a tener valor religioso, su incumplimiento es pecado.

\*\*\*\*\*

## *Weber: Protestantismo y capitalismo*

El concepto de trabajo, ahora teologizado, entendido como profesión, al que se le agrega un contenido predestinativo, ya que es Dios quien le asigna a cada persona qué debe hacer en el cumplimiento del Plan Divino, impulsó, según Weber, al hombre perteneciente a la *religión reformada* a dedicar un esfuerzo constante al trabajo. La aceptación de esa actitud y la posterior modificación de pautas culturales que de allí

---

<sup>24</sup> Teólogo, nacido en el norte de África, parte del Imperio romano. Fue nombrado obispo de Hipona y es considerado uno de los cuatro más importantes Padres de la Iglesia latina.

<sup>25</sup> Filósofo, helenista, hebraísta y teólogo francés, enseñó Filosofía Medieval y Filosofía de la Ciencia en la Sorbona. Fue miembro de la Academia de Moral y Ciencia Política.

<sup>26</sup> Destacado psicoanalista, psicólogo social y filósofo humanista alemán. Miembro del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Frankfurt, autor de numerosos trabajos científicos.

<sup>27</sup> Fromm, Erich, *El miedo a la libertad*, Editorial Paidós, 1957, pág. 100.



se derivaban dieron lugar a una *ética del trabajo* que se puede encontrar, luego, en todo el territorio que estuvo bajo la influencia del protestantismo, incluidos los Estados Unidos.

Quien va a dar un ímpetu definitivo, personal, de características peculiares es Jean Calvino. Sus propias palabras nos ayudarán a entender su pensamiento. En la *Instutio Religionis Christianae* (1535), dice:

Si se considera al hombre únicamente según sus dones naturales, no se encuentra en él, desde la coronilla de su cabeza hasta la planta de sus pies, ni la menor huella de bondad. Todo lo que hay en él que aún pueda ser digno de alabanza procede de la bondad de Dios... Toda nuestra justicia es injusticia, nuestros méritos basura, nuestra fama vergüenza. Y las mejores cosas que se originan de nosotros están siempre inficionadas y llenas de vicios por la impureza de la carne y mezcladas de suciedad... Si se abandona el hombre a sí mismo, su alma sólo es capaz de lo malo.

La obediencia a Dios debe imponerse de un solo modo, por la violencia. Leamos cómo sigue:

Claramente debe ser anunciado aquí el poder de que deben ser investidos los pastores de la Iglesia. Como han sido nombrados como administradores y proclamadores de la Palabra Divina, tienen que atreverse a todo para forzar a los grandes y poderosos de este mundo para que se inclinen ante la Majestad de Dios y Le sirvan. Tienen que mandarlo todo, desde lo más alto a lo más bajo; tienen que erigir los dogmas de Dios y quebrantar el imperio de Satán; proteger a las ovejas y extirpar a los lobos; tienen que amonestar e instruir a los dóciles y acusar y aniquilar a los que oponen resistencia. Pueden atar y pueden desatar; pueden fulminar excomuniones, pero todo ello conforme a la Palabra de Dios.

Hagamos ahora un ejercicio de imaginación, coloquémonos espiritualmente en el sentimiento de aquellos hombres que padecían, en sus propias vidas, la inestabilidad de un mundo profundamente alterado por el proceso de la Reforma, las viejas certezas se desvanecían, la liberación frente a la iglesia católica los dejaba al mismo tiempo sin la reparación del “perdón en confesión”, las incertidumbres eran acompañadas por una duda aguda. El “mundo inmóvil y eterno” había sido puesto en marcha por Nicolás Copérnico. ¿A qué aferrarse ante tanta zozobra? ¿Qué puerto seguro podía ser el amarradero de esta nave al garette que era la conciencia humana? El pensador Fromm nos orienta al comenzar afirmando que:

Lutero dio al hombre independencia en las cuestiones religiosas, que despojó a la Iglesia de autoridad otorgándosela al individuo; que su concepto de la Fe y de la salvación se apoya en la experiencia subjetiva individual, según la cual toda la responsabilidad cae sobre el individuo y ninguna sobre una autoridad susceptible de darle lo que él mismo es incapaz de obtener.

Para este investigador, la libertad — que lo obliga a asumir la total responsabilidad de sus actos— es el origen de las dudas más terribles que acosan al hombre en la primera etapa de la Modernidad. Es la duda más honda, la que carcome desde lo profundo, la que conmueve las bases de la existencia y se manifiesta sordamente, irracionalmente, requiere certezas, verdades más allá de toda lógica, la *Verdad*. Nos ayuda Fromm en esta situación:

Es especialmente importante entender el significado de la duda y de los intentos de acallarla, porque no se trata solamente de un problema que concierne a Lutero y a la teología de Calvino, sino que sigue siendo uno de los problemas básicos del hombre moderno.

Este problema básico se expresa en la siguiente ecuación existencial: el hombre se halla libre ahora de todos los vínculos que lo ligaban a la autoridad de la Iglesia Católica, vínculos paternalistas en los que cimentaba su seguridad en el mundo. Pero al hallarse libre toma conciencia de su soledad espiritual, de su fragilidad existencial, se han cortado los nexos con lo absoluto. Un sinnúmero de relatividades lo rodean, él mismo no es sino una relatividad. Este sentimiento lo angustia, lo agobia, siente la insignificancia de su

dimensión y precaria posición, de allí su impotencia y su angustia. Esta experiencia torna la cultura en un medio asfixiante. La imagen de la teología reformada expresa el resultado de esta conciencia.

Sigamos el análisis que Fromm hace sobre la conciencia de aquellos hombres de los siglos XVI y XVII, y de cómo lo expresa la teología reformada. Merece ser leído cuidadosamente:

La relación de Lutero con Dios era de completa sumisión. Su concepción de la Fe, expresada en términos psicológicos, significa: si te sometes completamente, si aceptas tu pequeñez individual, entonces Dios Todopoderoso puede estar dispuesto a quererte y salvarte. Si te deshaces, por un acto de extrema humildad, de tu personalidad con todas sus limitaciones y dudas, te liberarás del sentimiento de tu nulidad y podrás participar de la gloria de Dios. Por lo tanto Lutero liberaba al pueblo de la autoridad de la Iglesia y lo obligaba a someterse a una autoridad mucho más tiránica, la de un Dios que exigía como condición esencial de salvación la completa sumisión del hombre y el aniquilamiento de su personalidad individual.

\*\*\*\*\*

## *El trabajo como mandato divino*

Tomando como base la descripción anterior, Erich Fromm continúa su comentario:

La actividad en este caso asume un carácter compulsivo: el individuo debe estar activo para superar su sentimiento de duda e impotencia. Este tipo de esfuerzo y de actividad no es el resultado de una fuerza íntima y de la confianza en sí mismo; por el contrario, es una manera desesperada de evadirse de la angustia.

Los calvinistas sostenían una desigualdad básica, originaria, producto de la *doctrina de la predestinación*. Los hombres nacen marcados por el destino respecto de las tareas que deben cumplir y, en su cumplimiento se juega la *Salvación*. Antes de nacer, ya Dios ha decidido quién se salvará y quién será irremisiblemente condenado. No hay esfuerzo humano posible que pueda modificar este designio. De allí se deduce que hay dos clases de hombres, no todos son iguales. La desigualdad que imponía la nobleza feudal se transforma en la desigualdad que impone Dios: *elegidos* y *condenados*. Un sello de nacimiento los ha marcado y en él ha quedado resuelta la suerte de cada uno. Si somos diferentes y nada puede modificarlo *nada puedo hacer por mí; pero tampoco por ningún otro*. La solidaridad comunitaria no tiene cabida.

Es de pensar, entonces, que la desesperación a la que era arrojado el fiel calvinista era peor que el infierno. Queda claro que, por lo expuesto anteriormente, esta duda no alcanzaba a Calvino, él recibía el mensaje del Cielo, era uno de los “salvados”. Esta seguridad se fue transmitiendo a los calvinistas que, con mucha inocencia e ingenuidad, creían ser todos ellos “elegidos”, por lo tanto “salvados”, consecuentemente superiores. Volvamos a leer a Fromm porque, creo entender, comienzan a aparecer las claves del capitalismo en Occidente:

Otra diferencia muy significativa con respecto a las enseñanzas de Lutero (se refiere a Calvino) es la mayor exaltación de la importancia del esfuerzo moral y de la vida virtuosa. No se trata de que el individuo pueda cambiar su destino por medio de algunas de sus obras, sino que el mero hecho de ser capaz de realizar el esfuerzo constituye un signo de su pertenencia al grupo de los elegidos. Las virtudes que el hombre debe adquirir son: la modestia y la moderación, la justicia, en el sentido de que debe darse a cada uno lo que le corresponde, y la religiosidad que une al hombre con Dios. En el desarrollo posterior del calvinismo, la exaltación de la vida virtuosa y del significado del esfuerzo

incesante gana importancia y, muy especialmente, se afirma la idea del éxito en la vida terrenal, resultante de los esfuerzos, que es un signo de salvación.

Con el transcurso de los siglos, en la medida en que este capitalismo distinto, más individualista, comenzaba a asentarse, algunas afirmaciones de Lutero y de Calvino hicieron sentir sus consecuencias en la cultura imperante, aunque ellas no estuvieran en el pensamiento de aquellos teólogos. El hombre se convierte en medio para fines exteriores a sí mismo. La laboriosidad desenfrenada como apaciguamiento de la angustia, dio paso a la búsqueda del *éxito como signo de salvación*; de allí a la búsqueda del éxito por sí mismo había sólo un paso, que en los siglos XIX y XX se verá en todo su despliegue.

Para avalar la manera en que se manifiesta el espíritu del capitalismo, Weber recurre a un texto de Benjamín Franklin<sup>28</sup> (1706-1790), en el que se expresa, con claridad meridiana, el modo en que debe plantearse la vida del “hombre moderno”. Estamos dentro de la moral puritana, que inicia el predominio en el ámbito de la Reforma. El tiempo comienza a representar un valor en sí mismo, dice Franklin:

Piensa que el tiempo es dinero... El que puede ganar diariamente diez chelines con su trabajo y dedica a pasear la mitad del día, o a holgazanear en un cuarto o, aun cuando dedique seis peniques para diversiones, no ha de contar esto sólo, sino que en realidad ha gastado, o más bien derrochado, cinco chelines más. Piensa que el crédito es dinero. Si alguien deja seguir en tus manos el dinero que le adeudas, deja además su interés y todo cuanto puedes ganar con él durante ese tiempo. Se puede reunir así una suma considerable si un hombre tiene buen crédito y además sabe hacer buen uso de él.

Estamos en presencia del *espíritu individualista burgués* ya enseñoreado en la cultura estadounidense. Trabajar todas las horas posibles del día es acumular la mayor cantidad de dinero posible; ahorrarlo y utilizarlo adecuadamente para hacer más dinero es la base de la fortuna. Trabajar no es producir para satisfacer necesidades, *trabajar es ganar dinero*, acumular. Pero no es sólo el dinero propio, el crédito ganado como fruto de la buena imagen, del cumplimento; es la posibilidad de hacer más dinero, dinero, dinero...

Piensa que el dinero es fértil y reproductivo. El dinero puede producir dinero, la descendencia puede producir todavía más y así sucesivamente. Cinco chelines bien invertidos se convierten en seis, estos seis en siete, los cuales, a su vez, pueden convertirse en más hasta que todo hace cien libras esterlinas. Cuanto más dinero hay, tanto más produce al ser invertidos, de modo que el provecho aumenta rápidamente sin cesar.

El dinero tiene vida propia, es casi mágico. El dinero acumulado se reproduce en una cadena infinita; cuanto más se tenga, se adquiere una potencia insospechable. Y como esta magia que la cantidad de dinero genera es imparable, si los amigos tienen dinero que no utilizan, hay que recurrir a él, pero para ello es necesario exhibir una conducta intachable. Allí radica el secreto de poder reunir el dinero ajeno, cumplir, «no retengas nunca el dinero recibido una hora más de lo que prometiste, para que el enojo de tu amigo no te cierre su bolsa para siempre». Cumplir no es una obligación ética; es un buen negocio, es la posibilidad de acumular más. Esta ética tiene una razón de ser: el lucro. «Piensa que, según el refrán, un buen pagador es dueño de la bolsa de cualquiera» y cumpliendo con ese credo se podrá acceder a «columnas de libras esterlinas».

\*\*\*\*\*

---

<sup>28</sup> Político, científico e inventor estadounidense. Fue uno de los Padres Fundadores de los Estados Unidos.

## *Un mundo se tambalea, otro nace*

Una primera aproximación a la reflexión sobre los acontecimientos narrados nos exige hacer una distinción entre dos palabras, usadas en los análisis históricos, que parecen hacer referencia a lo mismo: modernidad y modernización. La segunda debe entenderse como el señalamiento de los procesos de cambio económico y social que afectan a un período histórico determinado: el final del Medioevo y un nuevo comienzo. Los cambios se podrán verificar en el área de la economía, el orden de las relaciones sociales, la aparición de instituciones y estructuras que responden a los nuevos tiempos. También transformaciones demográficas, procesos de urbanización, ruptura de identidades tradicionales. Todo ello se verá reflejado en paulatinos pero importantes cambios políticos que conducirán a la constitución de los estados nacionales modernos. En cambio, cuando se habla de la Modernidad se entiende, por ello, las repercusiones que los cambios mencionados tienen en la dimensión cultural, que afectarán a los individuos en la medida en que las relaciones sociales van imponiendo nuevas formas de constitución subjetiva de los actores: cambios en los valores, en las creencias y las representaciones, en la moral, y las "mentalidades", etc.

Se debe señalar que en todo este proceso va apareciendo un fenómeno nuevo, desconocido en todos los siglos anteriores. Es la pérdida de fe en la fuente tradicional de la verdad, por lo cual las representaciones y las creencias que remitían su fundamento y legitimidad al ordenamiento religioso pasan a buscar un nuevo fundamento, ahora terreno. A esto se lo ha denominado "secularización de la cultura", por la referencia a la primacía del siglo en el que se vive. Esto va acompañado necesariamente de un desplazamiento del valor de la teología en la concepción del mundo y también de las instituciones vigentes.

La necesidad de ese nuevo fundamento sobre el que apoyar la construcción del mundo que comienza está teñida de un espíritu de emancipación, de ruptura de las viejas cadenas, de ansias de nuevos horizontes. Surgen, de este modo, los valores de libertad e igualdad, aunque en un primer momento no haya una conciencia expresa de todo ello. Los siglos XVII al XIX se harán cargo de la reflexión que exprese en forma más elaborada todo lo que la acción de la historia ha ido produciendo.

Lo que ha quedado al desnudo ha sido el fundamento del conocimiento y del pensamiento. Esto se ve reflejado en las palabras de John Locke, cuando escribe, en su *Ensayo sobre el entendimiento humano*, que es necesario hacerse cargo de una orfandad filosófica, puesto que ya no hay una autoridad externa que sirva de último recurso en que apoyar el pensamiento y que dé garantía al conocimiento verdadero. Esta toma de conciencia obligará a encontrar un nuevo punto de partida. La verdad que era sostenida por el mundo exterior se ha desmoronado en la medida en que éste era parte de la Creación divina. Abandonada la certeza de las verdades heredadas, se impone un nuevo camino.

El nuevo camino requiere poner en duda la capacidad humana en el conocer con certeza, ya que el cambio de fundamento debía consolidarse con la misma solidez de lo que se abandonaba. Este hombre moderno emprende la aventura de construir un mundo de conocimientos verdaderos que debían dar batalla al viejo orden que se desmoronaba y que, por ello, requería una solidez argumentativa muy potente para salir airoso de ese trance.

Llegados a este punto hagamos un alto en el relato histórico. Detengámonos para intentar una reflexión filosófica. Debemos entender este paso como una búsqueda de las causas más profundas que, como fuerzas subterráneas, van buscando cauces para el cumplimiento de propósitos no siempre claros en su origen. Quiero decir que, a partir de lo que sabemos de esta historia, nos propondremos un análisis que nos permita descubrir las raíces que darán sus frutos sólo con el tiempo de sus realizaciones. La cultura moderna se propondrá objetivos implícitos en su proyecto político. Para una mirada más profunda, deberemos excavar su terreno para rescatar los vestigios de una antropología que anunciaba sus propósitos. De este modo,

podremos ver más claro en el hombre de hoy lo que ya se anunciaba aunque no se hubiera comprendido debidamente. De esto trata la tarea filosófica, de pensar los hechos históricos más allá de lo que la concatenación de los hechos nos dice. Es decir, la pretensión es preparar la mirada para detectar qué procesos, que se fueron poniendo en marcha, fueron condicionando en su trayecto las posibilidades que se concretaron en el modo de vivir, pensar, actuar del hombre de hoy.

\*\*\*\*\*

## *La cultura moderna*

A partir del siglo XVI, momento de consenso entre los investigadores para ubicar el comienzo de lo denominado *Modernidad* o, de otro modo, *Occidente moderno*, se abre una etapa vivida como la apertura de un proceso de emancipación del hombre. Todo lo que prometía este comienzo fue sintetizado por los filósofos de la Ilustración del siglo XVIII. Sin embargo, estaba germinalmente, en ese origen, un doble destino que se realizó con suertes diferentes, en los siglos posteriores. Detectar y asumir esta ambigüedad originaria nos abre un panorama mucho más rico para la inteligencia de nuestro pasado.

Sobre este tema escribe el Dr. David Sánchez Rubio<sup>29</sup>:

Cuando hablamos de modernidad, nos estamos refiriendo al modo particular cultural que Occidente tiene para reaccionar ante el entorno de relaciones con respecto a los demás, con la naturaleza y consigo mismo. Dicho de otro modo, una forma específica, o determinadas formas específicas, de reaccionar, funcional o antagónicamente, frente a los sistemas de relaciones que han ido predominando en el contexto particular concreto, principalmente europeo y anglosajón. A partir de esta delimitación, hacemos una afirmación clara: la forma de reaccionar de Occidente en su entorno de relaciones se ha hecho ofreciendo no una única versión o un único modo, sino desarrollando distintos procesos, tanto de dominación e imperio, como distintos caminos de emancipación. En su heterogéneo andar, la modernidad ha extendido tanto espacios de inclusión y reconocimiento, como espacios de exclusión y colonización. Por tanto, no existe una única versión de la modernidad, porque fue colonial y/o emancipadora. Hay muchas modernidades, no existe una sola modernidad y posee tanto elementos positivos como negativos para la condición humana, de ahí su dimensión compleja y controvertida.

El no haber percibido estas dos caras de la cultura que se expandió por todo el planeta, en los siglos XVIII y XIX, los intentos de conceptualización de esta historia se han sumergido en debates difíciles, enredados, dificultosos, que no han logrado colocar sobre la mesa un temario claro en el que quedara explicitado qué era lo que estaba en discusión. Es así como la homologación de cultura occidental con civilización ha acarreado tristes y dolorosas consecuencias a los pueblos ubicados en la periferia de ese *centro del mundo*. Veamos por separado esos trayectos culturales, que no siempre aparecen separados y que, en la mayoría de los casos se entremezclan, lo que nos impone un esfuerzo de discernimiento.

Aceptaremos el análisis que nos propone la Dra. Lorena López Guzmán<sup>30</sup>. Parte de la afirmación de que esta cultura, la Modernidad, se configuró definitivamente con los pensadores de la Ilustración, sostenidos por *la promesa de la fe en el progreso del conocimiento y el progreso moral de la humanidad*. Quedaban, de este modo, definidos los ideales de la sociedad moderna, aquellos que reivindicaban la razón y la libertad, de llegar a la autonomía, la liberación, la emancipación, según se quiera pensarlos, del individuo cuyo

---

<sup>29</sup> Profesor Titular en el Departamento de Filosofía del Derecho. Facultad de Derecho. Universidad de Sevilla.

<sup>30</sup> Profesora de historia e investigadora de la Universidad del Valle - Cali – Colombia.

instrumento era la razón y el conocimiento científico, con los que, de una u otra forma, se dieron a la tarea de demolición de las viejas estructuras políticas, económicas, sociales y culturales, heredadas de un *pasado repudiable*: la Edad Media, para construir otras donde la vida social moderna se desarrollaría en un ámbito de libertad. Se pusieron en marcha tres mecanismos racionalizados que determinaron y configuraron el proyecto moderno que ha llegado hasta nosotros, con varias denominaciones que veremos más adelante. Según nuestra profesora, estos son:

A.- *El Mercado*, como la racionalidad económica en la que se expresa la libertad individual y colectiva en las relaciones de dependencia recíproca en torno al mercado, la producción y el consumo y el mercado del sistema capitalista y lo que este significa. B.- *El Estado*, como la racionalidad política y jurídica, que sustituyó la antigua autoridad religiosa y la tradición, por el de las leyes y derechos universales en la búsqueda de las libertades sociales, la autoconciencia del conocimiento y la autodeterminación en la acción. C.- *El Derecho*, como la racionalidad jurídica que asegura los derechos y libertades individuales y colectivas garantizadas por el Estado Liberal.

Todos estos cambios aseguraron, sin duda, el progreso de las sociedades, consolidando imaginarios sociales de formas ideales que se encaminarían hacia las construcciones de mundos perfectos. A aquellos que no respondieran al paradigma que se iba construyendo, por diversas razones, se los caracterizaba como mundos marginados que englobaban a aquellas sociedades que, de una u otra forma, no habían logrado los desarrollos necesarios y que se encasillaron en la categoría de *sociedades primitivas y salvajes*, por regirse y solucionar sus conflictos sociales con modos propios de la religión y de la magia, según sentenciaron “los civilizados”, y no, por la premisa de la razón científica y la tecnología.

\*\*\*\*\*

## *El obrero industrial*

Las nuevas condiciones culturales tuvieron amplias repercusiones en el territorio de la Europa occidental. Un capitalismo joven pero muy aguerrido comenzaba a transformar la faz de la sociedad del siglo XVIII en adelante. Los centros urbanos se convertían en un polo de atracción para los pobladores de los alrededores. Esa población emigró hacia las ciudades, atraídos por la demanda de manos para la industria. Arnold Toynbee<sup>31</sup> (1889-1975) dice sobre este especial período:

Estos cambios producidos en las condiciones de la vida y del trabajo y en la distribución de la riqueza y la propiedad aumentaron el producto bruto nacional, pero acarrearón injusticia y sufrimiento. No hay ningún criterio objetivo para determinar lo que habría sido una adjudicación equitativa de las tierras que antes eran comunes y que fueron cercadas y transferidas a la propiedad privada en virtud de sucesivas leyes parlamentarias. También son discutibles las participaciones en los beneficios de empresarios, inversores y empleados. Pero es seguro que el hecho de haber cercado grandes extensiones de tierra hizo imposible que muchos pequeños propietarios rurales continuaran ganando su sustento mediante el trabajo de la tierra y que, cuando estos ex-campesinos se convirtieron en obreros industriales, apenas alcanzaban a subsistir con sus salarios.

Toynbee no deja de decir que «La causa de esta desventura social fue el estímulo que movió a los empresarios que desencadenaron la revolución industrial». Este estímulo era la codicia que ya habíamos

---

<sup>31</sup> Historiador británico, especialista en Filosofía de la Historia, estableció una teoría cíclica sobre el desarrollo de las civilizaciones. Su obra más reconocida e influyente es, sin duda, *Estudio de la Historia (A Study of History)*, de doce volúmenes escritos entre 1934 y 1961.

visto predicar a Franklin cubierta de un manto evangélico. Esta codicia ya no reparaba en los frenos jurídicos existentes; *o hacía leyes a su medida o las violaba*. En esa época, aparece un libro que tendrá una influencia mayor de lo que haya supuesto su autor, *Indagación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* (1776), de Adam Smith<sup>32</sup> (1723-1790). En él sostenía que si todos los individuos tuvieran la libertad de perseguir sus intereses económicos personales, el libre juego del entrecruzamiento de esos intereses iba a producir “naturalmente” el mejor resultado final para todos, es decir, toda la comunidad se beneficiaría. Los egoísmos contrapuestos, en la búsqueda de su “máximo beneficio”, se resolvían “mágicamente” con la intervención de la famosa “mano invisible”. Es ésta la que resuelve el juego con el mejor “resultado” que deja a todos satisfechos. Apoyándose en una interpretación sesgada de Smith, sus sucesores lograban avalar teóricamente el “egoísmo humano” y se lo elevaba a hipótesis científica. Leamos la crítica de Toynbee sobre estas tesis:

El aumento de la productividad en virtud del libre juego concedido a la codicia estuvo acompañado por la disipación de bienes y por el caos de la competencia, y una competencia económica sin restricciones produjo cuantitativamente más víctimas que beneficiarios. Los empleadores de los obreros y adversarios de éstos, los empresarios, eran en general gentes despiadadas, pero también de vivo ingenio, osados e indomables.

El capitalismo moderno, en su etapa de la competencia salvaje, estaba en plena expansión y produciría en los trabajadores tanta miseria, como el pasado no había conocido. Carlos Marx afirma en el *Manifiesto del Partido Comunista*, de 1848:

La extensión de la maquinaria y la división del trabajo quitan a éste, en el régimen proletario actual, todo carácter autónomo, toda libre iniciativa y todo encanto para el obrero. El trabajador se convierte en un simple resorte de la máquina, del que sólo se exige una operación mecánica, monótona, de fácil aprendizaje. Las masas obreras concentradas en la fábrica son sometidas a una organización y disciplina militares... Los obreros, soldados rasos de la industria, trabajan bajo el mando de toda una jerarquía de sargentos, oficiales y jefes... Y este despotismo es tanto más mezquino, más execrable, más indignante, cuanto mayor es la franqueza con que proclama que no tiene otro fin que el lucro.

Se llegó a vivir en condiciones de pobreza extrema. Si el Medioevo conoció épocas de pobreza, el modo de padecerla del campesino y del noble no eran tan distantes; si las hambrunas fueron catastróficas, el padecimiento en las diferentes clases no se diferenciaba mucho. La novedad que se presentaba más afrentosamente se debía a que la miseria de los siglos XVIII en adelante se producía en un marco de despilfarro y derroche ostentoso de las clases altas. Esta extraña y azarosa combinación entre delito, genio, osadía y afán desmedido de riquezas, que tenía como base la explotación sin límites de los trabajadores, catapultó un sistema inhumano al dominio del planeta. Introdujo sus prácticas sociales en todos los extremos del mundo, mediante el proceso de colonización a que sometieron a los pueblos periféricos.

Los siglos XVI al XVIII fueron el puente que unió un sistema socioeconómico que pretendía apoyarse en el bienestar general, al menos dentro de las murallas de la comuna aldeana, con el capitalismo salvaje y depredador que se conoció después. Todo ese cuadro social surge, pintado con más belleza, de la pluma sutil de un ensayista como Octavio Paz<sup>33</sup> (1914-1998). Leamos este largo párrafo:

El obrero moderno carece de individualidad. La clase es más fuerte que el individuo y la persona se disuelve en lo genérico. Porque ésa es la primera y más grave mutilación que sufre el hombre al

---

<sup>32</sup> Egresado de la Universidad de Glasgow fue filósofo moral y economista, docente de ella en la cátedra de Lógica y después en la de Filosofía Moral. En 1787, fue nombrado Rector Honorífico de su universidad.

<sup>33</sup> Poeta, escritor, ensayista y diplomático mexicano, Premio Nobel de Literatura en 1990. Se lo considera uno de los más grandes escritores del siglo XX y uno de los grandes poetas hispanos de todos los tiempos.

convertirse en asalariado industrial. El capitalismo lo despoja de su naturaleza humana -lo que no ocurrió con el siervo- puesto que reduce todo su ser a fuerza de trabajo, transformándolo por ese solo hecho en objeto. Y como a todos los objetos, en mercancía, en cosa susceptible de compra y venta. El obrero pierde, bruscamente y por razón misma de su estado social, toda relación humana y concreta con el mundo: ni son suyos los útiles que emplea, ni es suyo el fruto de su esfuerzo. Ni siquiera lo ve. En realidad no es un obrero, puesto que no realiza obras o no tiene conciencia de las que hace, perdido en un aspecto de la producción. Es un trabajador, nombre abstracto, que no designa una tarea determinada, sino una función. Así, no lo distingue de los otros hombres su obra... La abstracción que lo califica -el trabajo medido en tiempo- no lo separa, sino lo liga a otras abstracciones. De ahí su ausencia de misterio, problematicidad, su transparencia, que no es diversa de la de cualquier instrumento.

\*\*\*\*\*

## *La transformación del trabajo*

Carlos Marx parte de una idea que coloca al hombre en el centro de su pensamiento<sup>34</sup>. En el origen, los hombres se encuentran a solas frente a la naturaleza, sin más herramientas que sus manos<sup>35</sup>. Todo lo que producen de allí en más es el resultado de los trabajos conjuntos sobre el orden natural; dicho de otro modo, la actividad fundamental humana es el trabajo, ya que, paralelamente a la transformación de la naturaleza para la obtención de alimento, se fue transformando a sí mismo hacia su humanización. De aquí se puede comprender la centralidad del concepto de trabajo en el análisis de la sociedad humana y, en especial para este caso, del capitalismo como sistema de producción.

El trabajo —que fue, para los hombres, una manifestación de su capacidad creadora, que se percibe en su máxima expresión en la obra de arte, y que en la actividad artesanal de la comuna urbana adquirió una importancia central— fue siendo desplazado en el mundo del obrero industrial para convertirse en sólo un medio de subsistencia. Este traspase tiene consecuencias muy graves en la sociedad moderna. Después de la Revolución Industrial, la presencia de la máquina reduce el papel del trabajo humano a un mero complemento, la asistencia de la máquina para su buen funcionamiento. Al ser reducido a un papel auxiliar del maquinismo, realizado sólo para la obtención de los medios de subsistencia, el obrero siente que su calidad de ser humano, su derecho a la vida, sólo le es concedido en su carácter de obrero, como productor de mercancías.

En este carácter, se le otorga el derecho a participar de los medios de subsistencia física, no como derecho inalienable, sino como obtención de una compensación del trabajo producido. La naturaleza, que fue durante siglos la fuente de la subsistencia del género humano, se presenta ahora ante él como una recompensa por el trabajo realizado. La participación en la obtención del alimento no aparece ahora como un derecho natural a la vida, sino que está condicionada por el aporte de su esfuerzo productor, a cambio de un salario que le paga el capitalista; sólo en esta condición de obrero asalariado se le concede el derecho a la vida. El ámbito del trabajo es un lugar ajeno en el que no puede encontrar su lugar como ser humano, ya que sólo puede estar allí en su condición de asalariado, lo que lleva a Marx a formular una conclusión sorprendente por lo profunda y sintética:

---

<sup>34</sup> Utilizaré como referencia para la redacción de esta parte mi trabajo *El pensamiento de Carlos Marx*, publicado en la página [http://ricardovicentelopez.com.ar/?page\\_id=2](http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2).

<sup>35</sup> Para un estudio más detallado, se puede consultar mi trabajo *El hombre originario*, en la misma página.



El obrero sólo tiene la sensación de estar consigo mismo cuando está fuera de su trabajo, y, cuando está en su trabajo, se siente fuera de sí. Está como en su casa cuando no trabaja; cuando trabaja, no se siente en su casa... Llegamos, pues, al resultado de que el hombre (el obrero) sólo se siente humanamente activo en sus funciones animales: comer, beber y procrear, y, cuando mucho, en su cuarto, en su arreglo personal, etc., y que en sus funciones de hombre sólo se siente ya animal. Lo bestial se convierte en lo humano y lo humano se convierte en lo bestial.

La historia del hombre sobre el planeta es la historia de las diferentes formas de trabajo mediante las cuales fue creando, en manifestaciones diversas, las culturas resultantes de la actividad humana. La palabra “cultura”, heredada del latín, hace referencia al cultivar, primera actividad del hombre por la que abandona el nomadismo –trabajo recolector— al asentarse en un territorio en el que comenzará a trabajar la tierra, en el cual, además, construirá sus casas, que darán origen a las formas primigenias de ciudad: un mundo, producto del trabajo humano.

\*\*\*\*\*

### *El mundo del hombre le es ajeno*

Ese mundo, el resultado del trabajo de la historia, ahora, en la sociedad burguesa capitalista, se le presenta como la negación de lo humano, por ser ajeno a él como hombre y sólo en tanto obrero puede compartirlo. La dominación y el sometimiento en que se encuentra le hacen sentir el mundo como “lo bestial”. Todo ello lo reduce a sentirse plenamente humano sólo cuando se siente libre, fuera del trabajo. Pero, en ese ambiente hogareño, se ve constreñido a sus funciones más cercanas al resto de los animales: “comer, beber, descansar y procrear”. La bestialización del mundo del trabajo es la razón del deterioro de la vida humana en esta etapa de la sociedad.

Habiendo realizado esta autopsia de la sociedad capitalista, mediante la cual encuentra las razones más profundas que convierten la sociedad posindustrial en un mundo que atenta contra la posibilidad de una vida vivida humanamente, presenta un análisis sobre cómo la forma político-institucional coloca al hombre ante una doble vida ilusoria: es un hombre libre igualitario y al mismo tiempo es un hombre degradado a su condición de simple medio para los otros. Es esta degradación, no asumida como tal, lo que impide al hombre el ejercicio real de su libertad, equivale a decir, de su plenitud humana. Leamos a Marx:

Allí donde el Estado político ha alcanzado su verdadero desarrollo, lleva el hombre, no sólo en el pensamiento, en la conciencia, sino en la realidad, en la vida, una doble vida, una celestial y otra terrenal, la vida en la comunidad política, en la que se considera como ser colectivo, y la vida en la sociedad civil, en la que actúa como un particular; considera a los otros hombres como medios, se degrada a sí mismo como medio y se convierte en juguete de poderes extraños.

El Estado político alcanza su “verdadero desarrollo” en la sociedad burguesa del siglo XIX, cuando su forma liberal se le presenta al hombre como la expresión de la vigencia de todos sus derechos, en tanto es él parte de la “comunidad política”, derechos que sólo aparecen en su calidad de enunciados, como ordenaciones jurídicas a las que tiene un acceso ilusorio en el ejercicio de sus derechos como ciudadano. Pero, advierte Marx, que en la vida cotidiana, la vida de la “sociedad civil” —expresión que en su época era utilizada para referirse a la hoy llamada “sociedad de mercado”— es nada más que un productor o un consumidor, cuyas relaciones con sus semejantes están mediadas por la actividad que cada uno desarrolla y que sólo en su condición de tal es alguien-algo para el otro.

Es decir, cada “uno” es un medio que utiliza al “otro” para la obtención de un fin, dejando en un segundo plano su condición de persona, lo que la reduce, de ser un fin en sí misma, a un simple medio, juego

en el cual todos somos reducidos a medios para los demás. Y en ese juego de degradaciones mutuas, terminan todos ante resultados que les son ajenos, por la acción de “poderes extraños” —la “mano invisible” como explicación del porqué de esos resultados—. El modo de producirse las acciones sociales, económicas, culturales, etcétera, y sus resultados se presentan ante todos como algo provocado por causas ajenas, desconocidas e irreconocibles. La historia es algo que les pasa a los hombres, no algo que ellos producen. El mundo es ajeno y los hombres padecen sus consecuencias.

Recuperando una mirada retrospectiva, para encuadrar esta última etapa en un marco más amplio de comprensión, sinteticémoslo de este modo. En la medida en que el trabajo humano se fue haciendo más diverso, pasando de la simple recolección a la caza, de ésta a la agricultura, es fácil comprender que el grado de organización de la banda o tribu primitiva exigió una división más compleja de las tareas: recolectar lo hace cada uno para sí o para su familia; cazar requiere la conformación de equipos de trabajo en los que las tareas estén repartidas, dando lugar a una especialización —por ejemplo, en la caza, el seguimiento de rastros, ubicación de las aguadas, utilización de las armas, descuartizamiento de los animales, cocción en una segunda etapa, utilización del cuero y los huesos, el trabajo sobre ellos, etc. —. O, en la agricultura, que supone ya una distribución de las tierras, una diferenciación para su laboreo, un conocimiento de los ciclos de sembrado; por tanto, una mayor especialización que da lugar a una mayor división del trabajo.

Esta división del trabajo va dando lugar, a su vez, a un nuevo reparto de las responsabilidades sociales. El paso a la vida sedentaria, como exigencia de la agricultura, posibilitó el manejo de excedentes de producción que antes la caza no permitía por la imposibilidad de la conservación de los alimentos. El grano, en cambio, sí posibilita su conservación y almacenado.

Nos encontramos ante una fase del desarrollo social en la que deben tomarse decisiones que afectarán al grupo humano: cuánto se consume, cómo, cuánto se almacena, quién lo hace, en quién cae la responsabilidad de su cuidado, etc. Cada una de ellas estará explicada por formas misteriosas y rituales que garantizarán la certeza en el procedimiento y la transmisión de una generación a otra, como conocimiento. Al mismo tiempo, la aparición del excedente económico da lugar a una división del trabajo, que adquiere una importancia decisiva por sus consecuencias: la división entre trabajo manual y trabajo intelectual. Dado que ya no es necesario que todos produzcan sus medios de subsistencia, esta posibilidad permite que algunos miembros de la comunidad comiencen a asumir y especializarse en tareas tales como la interpretación de los fenómenos de la naturaleza, la interpretación de ese hecho cuasi religioso que es la contemplación de una noche estrellada y las fases de la luna, etc.

La consecuencia final de este modo de organización de la sociedad primitiva fue la aparición, por vez primera, de la diferenciación social. Esta primera diferenciación abrió el camino a distinciones posteriores que terminaron estableciendo la sociedad de clases, forma de sociedad que encerraba en su seno el conflicto que las diferencias sociales provocaron. La aparición de conflictos requirió una forma institucional, presentada como una institución supra-social: el Estado. A partir de allí, afirma Marx aquello de que la historia no es más que la historia de la luchas de clases.

\*\*\*\*\*

## *Las dos caras de la Modernidad*

Nos estamos aproximando a los análisis de Marx con un bagaje que ahora nos colocará en mejor condición para pensar. Estamos analizando la aparición de una cultura que fue el proyecto de las clases

burguesas, por lo que tenía como objetivo implícito, oculto hasta para sus mismos actores, la realización de sus intereses condensados en un logro: el máximo lucro posible. Sin embargo, como ha sucedido en todo cambio de la historia, las consecuencias finales de la realización de ese proyecto no podían percibirse con claridad en su inicio e iba a pagar un costo humano imposible de soslayar: la explotación de todos los “otros”, ajenos y extraños para el proyecto burgués. Leamos al Dr. Sánchez Rubio:

Resulta que la modernidad, compleja y rica en su trayectoria, llena en su matriz tanto de energías reguladoras como emancipadoras, ha llegado desde hace un tiempo a su límite porque ya no tiene capacidad de dar respuestas a los problemas humanos que generó. En los dos últimos siglos ha habido un desarrollo desequilibrado tanto por parte del proyecto de la *emancipación* como el de *regulación y control*, pero la balanza se ha inclinado a favor de este último. La condición sociocultural desde finales del siglo XX a principios del siglo XXI se caracteriza claramente por la subordinación del proyecto de la emancipación —basado en la idea de solidaridad frente a la colonización—, por el proyecto de la regulación y el control, cimentado en la idea del orden frente al caos y la incertidumbre. De este modo, el *conocimiento-regulación* conquistó la primacía sobre el *conocimiento-emancipación* reordenándolo bajo los términos del primero.

La ambigüedad estaba en el origen, pero aunque imperceptible en aquel momento, encontró un campo abierto para el desarrollo de uno de esos dos vectores, al aparecer con fuerza un modo de producción que ponía en primer término la necesidad de producir la mayor cantidad de bienes posibles para la satisfacción de un mercado que se había expandido planetariamente por la conquista colonial. La potenciación de la producción requirió de grandes cantidades de mano de obra disponible en pos ese logro, razón por la cual el lugar de residencia del proceso industrial, la ciudad, demandó una transformación de la vida sustancialmente rural en vida predominantemente urbana. La maquinización del trabajo, al suplantar parte del trabajo humano por el trabajo mecánico, desvalorizó la presencia humana en el gran taller capitalista, al quedar reducida a una función servil del artefacto productivo.

A partir de esa subordinación del hombre a la máquina que, a su vez, suponía necesariamente la subordinación a la imposición del lucro del capital, la crisis y el límite de este proyecto político-cultural apareció como insuperable. La imposibilidad de la Modernidad de dar una respuesta diferente radicaba en el sesgo que había elegido: el predominio de la *regulación* y el *control*. Ello ha sido el resultado de un proceso histórico complejo de convergencias y contradicciones de distintos trayectos y secuencias, en el que —después de la Revolución Industrial— se impuso la *presencia de la mercancía* como el objeto fundamental del sistema. Debe entenderse por mercancía todo lo que se produce con destino único: el mercado.

El caso es, entonces, que en el momento en el que el desarrollo del sistema capitalista estuvo en condiciones de apoderarse de las posibilidades sociales, culturales, económicas y políticas de la modernidad, estas posibilidades se fueron sometiendo a los efectos de dos de sus grandes instrumentos de racionalización de la vida colectiva: la *ciencia moderna* y el *derecho de propiedad*, que reordenaron e institucionalizaron el orden burgués. La modernidad se sostuvo así en uno de los dos pilares insinuados en su origen: la dominación del otro —dejando de costado el proyecto emancipador— lo cual logró que se fuera transformando en una nueva versión. Entonces, el mercado se hizo hegemónico y controló al resto de las instituciones.

Como la Modernidad mostró desde su origen una voluntad maximalista, una vocación unitaria, la imposición de una de sus dos posibilidades, la racionalidad de la regulación y el orden, no dejó espacio para ninguna otra alternativa. La racionalidad científico-instrumental acabó dominando la cultura<sup>36</sup>, postergando

---

<sup>36</sup> Para un estudio más extenso y detallado sobre el tema, puede consultarse mi trabajo *El marco cultural del pensamiento político moderno*, publicado en la página [http://ricardovicentelopez.com.ar/?page\\_id=2](http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2).

las promesas humanistas que incubaba en el comienzo. De este modo, al colocar toda regulación en el mercado, la ciencia se fue convirtiendo en servidora de la tecnología, fue la principal fuerza productiva e impuso sus criterios de racionalidad por sobre cualquier otra forma de pensar y de la administración de lo social. El resultado fue claro:

La eficiencia, la eficacia, la cuantificación, la tecnificación y la reducción de la complejidad de la realidad, sentaron las bases con las que se quiebra la dialéctica entre regulación y emancipación, y se estabiliza la asimetría entre la capacidad de actuar y la capacidad de prever. Promesas incumplidas e insuficiencias irremediables cayeron como una losa en la (in)capacidad de solucionar los problemas y las adversidades sociales que repercutirán sobre las condiciones de existencia de los sujetos.

Sigamos con el profesor que nos aclara este proceso, necesario para pensar posteriormente la ubicación de América dentro de este cuadro histórico:

A partir de esta delimitación, hacemos una afirmación clara: la forma de reaccionar de Occidente en su entorno de relaciones se ha hecho ofreciendo no una única versión o un único modo, sino desarrollando distintos procesos tanto de dominación e imperio como distintos caminos de emancipación. En su heterogéneo andar, la modernidad ha extendido tanto espacios de inclusión y reconocimiento, como espacios de exclusión y colonización. Por tanto, no existe una única versión colonial o emancipadora de la modernidad. Hay muchas modernidades, no existe una sola modernidad y posee tanto elementos positivos como negativos para la condición humana, de ahí su dimensión compleja y controvertida.

Podemos anotar ahora que las dificultades que presentan la herencia cultural de la Ilustración, las diversas caras de la cultura europea —que se encuentra ya en los comienzos de nuestra emancipación americana— requieren la diferenciación de los proyectos que se amparan bajo esta cultura: el español, el inglés y el francés. La versión de la modernidad que ha ido expandiéndose por el mundo «ha ido combinando tanto una lógica de regulación colonial e imperial de carácter socio-político mercantil y estatal, con una lógica de regulación de dominación técnico-científica, basada en la racionalidad de la ciencia».

\*\*\*\*\*

### *Tercera parte*

En esta parte vamos a investigar las consecuencias de una cultura que comienza llena de ofrecimientos pero que, en su devenir, va a mostrar las insuficiencias estructurales para el cumplimiento de lo prometido, en especial para aquellos que tienen para dar sólo su capacidad de trabajar: el obrero asalariado. Esta contradicción se refleja en la conformación de una cultura que atiende de modo especial al hombre burgués que se muestra como el ganador de esa etapa del desarrollo de Europa.

Como contrapartida, sobre todo después del proceso de industrialización que comienza en el siglo XVIII en Inglaterra. Nos encontramos acá con el comienzo de una transformación profunda de la sociedad: su cultura, su economía, sus instituciones, etc. Todo ello desplaza al trabajador artesanal de los siglos anteriores puesto que ya no tiene cabida en este nuevo orden. Sólo le queda la posibilidad de ingresar como un obrero del proceso fabril. La manufactura, lo que se hacía con las manos y algunas herramientas, es desplazada por la *maquinofactura* (aunque se la siga denominando como en la etapa anterior). El hombre de trabajo creaba con sus manos los bienes que ofrecía a sus conciudadanos, ahora la expansión del mercado que pretende extenderse planetariamente para abarcar todo el terreno conquistado.

Las cantidades de bienes demandados requieren un modo de producción que multiplique las cantidades del viejo orden.

El hombre de trabajo pasará a cumplir una tarea que lo subordina a las necesidades productivas de la máquina, es nada más que un asistente de ella, aquel que le alcanza lo que ésta le demanda, en su frenético devenir. Esta subordinación ha tenido consecuencias graves, como hemos visto con el concepto de alienación, que deterioró la relación del hombre con su trabajo, su capacidad creadora, y su relación con los otros y con la naturaleza.

\*\*\*\*\*

## *La antropología que propone la Modernidad*

Vamos a concentrar nuestra mirada en el aspecto antropológico de este proceso. Cabe una aclaración: toda cultura contiene un proyecto de realización que se pretende totalizador, abarcador de todas las manifestaciones de la vida social, aunque siempre, en su despliegue, priorizará unos aspectos más que otros. El resultado final nunca puede ser el cumplimiento de todas las promesas originarias. Algo ya había quedado dicho. La filósofa argentina Amelia Podetti<sup>37</sup> (1928-1979) ofrece una síntesis esclarecedora al respecto:

Una sociedad se determina y opera en todos los niveles requeridos para su subsistencia y desarrollo conforme a un proyecto político fundamental. Este proyecto determina sus fines, sus valores, su estructura interna, sus relaciones con las otras sociedades, su concepción del hombre, de la economía, del Estado, del poder. Y también su concepción de la naturaleza y de sus relaciones con ella, así como del conocimiento y de la técnica.

Detengámonos en este párrafo. Toda sociedad aparece, se desarrolla y despliega gran parte de lo que contiene en un tiempo histórico determinado. Las condiciones iniciales -geográficas, económicas, políticas, culturales— responden a un proyecto que, si bien no está explícito en sus comienzos, se desarrolla a partir de esas condiciones en la búsqueda de ese deseo colectivo primario que lo contiene. Allí están las raíces que van a ir dando sus frutos por la interrelación de los actos de los hombres en una resultante que materializará sus logros posibles. Aquí quiero subrayar lo que afirma Podetti respecto de la “concepción del hombre” que cada proyecto social arrastra como un mandato. Eso que los hombres que pertenecen a esa sociedad son, están siendo y quieren ser, va estructurando en sus prácticas un modelo cultural que funcionará como matriz de los que vayan naciendo. Ese entrecruzamiento de los deseos y las voluntades modelará los hombres futuros de esa sociedad.

La *polis* griega, por ejemplo, propone la realización del ciudadano como sujeto político. Sin embargo esa propuesta se encarnó sólo en una ínfima minoría de sus habitantes, dado que el sistema funcionaba excluyendo a la mayor parte de sus habitantes (mujeres, hijos, artesanos, etc.) y su producción se basó en la mano de obra esclava. Lo que no impide que podamos percibir en sus textos el ideal buscado. Otro tanto sucede en la Roma clásica cuya propuesta político-cultural quedó enmarcada en los rígidos límites de un proceso militar de conquista coronado en el imperio. El entrecruzamiento de la herencia greco-romana con

---

<sup>37</sup> Licenciada en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires, ejerció la docencia y la investigación, también en la Universidad del Salvador y la Universidad Nacional de La Plata. Tuvo a cargo las materias de Introducción a la Filosofía e Historia de la Filosofía Moderna.

las sucesivas oleadas de los germanos del oriente diseñó el perfil humano del hombre del medioevo feudal.

La Modernidad presenta una propuesta mucho más compleja una de cuyas dimensiones centrales se manifiesta en la promesa de la emancipación del hombre. Habiendo nacido de la experiencia cultural de la Europa del norte, elabora una nueva síntesis antropológica recluida en la vida urbana, como ya hemos visto, que va a ir elaborando diversas estrategias frente a un orden feudal. Éste se caracterizaba por una clase noble regida por el verticalismo militar y la razón de la fuerza. Contra ella alzó para su proyecto la bandera de la liberación humana de las viejas ataduras. Por lo tanto aparece un nuevo hombre portador de la libertad. No debe escapárse nos que esa libertad, a partir del siglo XVI consolidaba su poder por la conquista colonial, lo cual manchaba de sangre su enunciado propósito político: la liberación social. Este proyecto liberador era encabezado, como ya dije, por la burguesía y obedecía a sus intereses de clase, no incluía a todos los hombres, sino sólo a aquellos que emprendían la aventura de conquistar el resto del mundo y a sus socios.

Este encubrimiento marcó a fuego su origen y permite comprender mejor las razones por las cuales la emancipación, sólo para algunos, fue el resultado necesario de las contradicciones originales. Nos orienta Enrique Dussel<sup>38</sup> (1934) en este complejo momento histórico:

La Modernidad se originó en las ciudades europeas medievales libres, centros de enorme creatividad. Pero “nació” cuando Europa pudo confrontarse con el “Otro” y controlarlo, vencerlo, violentarlo, cuando pudo definirse como un “ego” descubridor, conquistador, colonizador de la Alteridad constitutiva de la misma Modernidad. De todas maneras, ese Otro no fue “des-cubierto” como Otro, sino que fue “en-cubierto” como “lo Mismo” que Europa ya era desde siempre. De manera que 1492 será el momento del “nacimiento” de la Modernidad como concepto, el momento concreto del “origen” de un “mito” de violencia sacrificial muy particular y, al mismo tiempo, un proceso de “en-cubrimiento” de lo no-europeo.

Debemos detenernos a metabolizar la densidad de este párrafo. Su mención de las ciudades medievales nos remite a un tema que ya hemos analizado. El acento lo coloca en el momento de la conquista de las tierras americanas, lo cual convierte a la Modernidad en un proyecto imperial que por lo general no entra en la consideración de los investigadores. Esta escisión en el análisis del proyecto esconde su faz más terrible y limpia el proceso ofreciendo sus mejores manifestaciones desde el interior de Europa. El juego que ofrece Dussel entre *des-cubrimiento* y *en-cubrimiento* permite develar la verdad ocultada. Al desconocer al Otro con el que “se encontró”, en tanto miembro de culturas diversas de la que el conquistador era portador, lo colocó en un escalón inferior, el del subordinado, sometido, reproduciendo la actitud durante siglos de los europeos frente al bárbaro<sup>39</sup>. La historia de Europa muestra un esquema estructural que Dussel caracteriza como “la Alteridad constitutiva”, es decir, la violencia militar que había practicado desde su remoto pasado en sus relaciones con los pueblos periféricos.

Esta doble faz que presenta la Modernidad desde su origen mismo, al ocultarla y por tanto no pensarla, posibilita suponer un perfil humano que se asienta en la utilización de la racionalidad, el hombre como ser racional. Este sujeto moderno pensante, que se expone como “ego cogito” (yo pienso) en la filosofía de

---

<sup>38</sup> Filósofo argentino, radicado en México, es reconocido internacionalmente por su trabajo en el campo de la Ética, la Filosofía Política y la Filosofía latinoamericana, y en particular por ser uno de los fundadores de la Filosofía de la Liberación, corriente de pensamiento de la que es su arquitecto.

<sup>39</sup> Sobre el tema se puede consultar mi trabajo *Civilizados y bárbaros*, publicado en la página [http://ricardovicentelopez.com.ar/?page\\_id=2](http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2)

René Descartes<sup>40</sup> (1596-1650) es, según Dussel, contemporáneo del “ego conquiro” (yo conquisto) de Hernán Cortés en México. En un trabajo anterior yo propuse una reflexión sobre este tema<sup>41</sup>. Retomaremos ahora una nueva reflexión que arroje algo de luz sobre el problema desde el ángulo que lo estamos pensando desde aquí.

El filósofo Franz Hinkelammert<sup>42</sup> (1931) nos ofrece una manera de pensar el tema, partiendo de la categoría *sujeto*. Dice al respecto:

El concepto del sujeto surge en la relación sujeto-objeto, como Descartes la formula. El sujeto humano es visto como instancia, que se relaciona con el objeto —*res cogitans* [cosa que piensa] frente a *res extensa* [cosa con espacialidad]—. Como tal es un sujeto del pensamiento, enfrentado al mundo de los objetos. Este sujeto ve toda corporeidad como su objeto, por tanto, no solamente la corporeidad del otro —naturaleza externa incluyendo la corporeidad de los otros seres humanos—, sino también la de su propio cuerpo. Todos los cuerpos, incluyendo el propio, son la *res extensa* sobre la cual juzga el sujeto *res cogitans*. Eso se lleva hasta la concepción de este yo-sujeto como instancia, que hace surgir de su propio yo pensante todo el mundo externo, que puede aparecer como objetivación del pensamiento.

Estamos ante un párrafo de una elevada elaboración filosófica que intentaré exponer más claramente. Para ello vamos a hacer una referencia histórica con la cual colocamos a Descartes en su contexto para apreciar el suelo desde el cual piensa: Francia del siglo XVII está presenciando el despliegue de la potencialidad burguesa en la conquista del mundo, no parece que haya nada que pueda oponérsele. La cultura europea va cubriendo con su manto a los pueblos que se le van sometiendo. Son dueños del mundo, lo pueden mirar desde una instancia superior y desde allí definen qué es cada cosa y qué se puede producir con ella.

\*\*\*\*\*

## *La antropología filosófica del hombre burgués*

La capacidad de todo verdadero filósofo, como ya señalé antes, es ver por debajo de la superficie de los acontecimientos históricos las líneas generales que van configurando la marcha de los pueblos, las modalidades de sus culturas para para moldear los principios que van configurando el vivir y el pensar de ellos. Todo lo cual es interpretado por el filósofo, condensada y sintéticamente, definiendo en un plano abstracto, las directrices maestras de ese acontecer. Desde allí se puede comprender la interpretación que hace Hinkelammert de la filosofía de Descartes, que es la expresión idealizada de la conducta del hombre burgués propietario y conquistador:

Este sujeto del *cogito ergo sum* (pienso, luego existo) es un sujeto trascendental que, desde un punto de vista fuera de la realidad corporal del mundo, juzga sobre este mundo como un mundo objetivo, del cual no es parte, sino juez.

El sujeto cartesiano es trascendental porque puede, con el pensamiento, colocarse idealmente en una

---

<sup>40</sup> Fue un filósofo, matemático y físico francés, considerado como el padre de la filosofía moderna, así como uno de los nombres más destacados de la revolución científica.

<sup>41</sup> Consultar mi trabajo *Pienso luego... crítico*, en la página [www.ricardovicentelopez.com.ar](http://www.ricardovicentelopez.com.ar)

<sup>42</sup> Economista, filósofo y teólogo de la liberación, alemán, reside y trabaja en Latinoamérica desde hace más de treinta años. Doctor en Economía por la Universidad Libre de Berlín, es actualmente profesor de Economía en el Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI) en Costa Rica.

cima del mundo, mundo conquistado y sometido, del cual se considera la conciencia pensante. Un ser superior reflexivo que, como en el caso de Descartes, piensa desde su condición de intérprete y justificador de la burguesía dominante y conquistadora. Se erige, en tanto filósofo burgués, en un juez que al decir cómo es el mundo está diciendo a su vez, cómo debe ser, y lo que todavía no es deberá ser modificado de acuerdo a su voluntad opresora. Por ello, está como *Sujeto* por fuera y arriba de la *realidad-objeto*, mundo espacial que la burguesía define como mercado. Mundo de objetos-mercancías producidos por la capacidad transformadora de la burguesía europea, que los impone en el mercado, ahora mercado planetario, por su voluntad mercantil.

Colocado este Sujeto en su atalaya filosófica desde donde mira, piensa y juzga el mundo conquistado y sometido a la voluntad de ese hombre europeo, se ha convertido, metafísicamente, en el Sujeto que conoce y define lo conquistado, pensado como resultado que convierte a ese mundo en la materialización del deseo del hombre burgués. Agrega Hinkelammert:

Este sujeto del pensamiento es a la vez el individuo poseedor. La relación sujeto-objeto es la relación en la cual el individuo se dirige al mundo para dominar y poseer. Es la *res extensa*, frente a la cual se puede comportar como este individuo que tiene relación de propiedad con todo el mundo externo... El sujeto de la relación sujeto-objeto es el individuo poseedor con relación al mundo corporal pensado como objeto.

El sujeto del pensar no es una persona humana particular, es un ente abstracto en el que se ha encarnado la burguesía como clase poseedora. Desde esa posición el pensar de este sujeto, que es un pensar político-económico en tanto está definiendo el destino del mundo, que siente como su posesión. Se expresa en un lenguaje metafísico, pero no se despoja de la fuente de su pensar: es precisamente su condición de poseedor y dominador. Este sujeto pensante es la forma filosófica del sujeto actuante, propietario y calculador en la defensa de sus intereses.

Partiendo de estas reflexiones hagamos un camino retrospectivo para comparar este hombre burgués con el hombre antiguo y medieval, con el objeto de lograr mediante el contraste una comprensión más clara. Tomaré las palabras de Carlos Casali<sup>43</sup> (1953) con las que propone una tarea para pensar. El mundo del hombre griego era pensado como un orden, un *kósmos*, despojando a este vocablo de su sentido astronómico pero de cuya observación deriva su significado originario: «la ordenada disposición de algo que, así ordenado, se manifiesta en su belleza; es el ordenado ordenarse de la totalidad de lo que se manifiesta». El tiempo en su transcurso es el cumplimiento de ese orden. Dice nuestro filósofo, como hombre de esta Modernidad:

Si algo llama nuestra atención de este modo de pensar es, precisamente, que falta en ella el vértice substancial que ponga ese orden según su necesidad. El *kósmos* que nos presenta el hombre griego es pues el de un transcurso que se ordena sin punto de anclaje y sin sujeto.

Aquí aparece una diferencia sustancial: el mundo antiguo, según lo pensaban, funcionaba sin la participación del hombre, individual o colectivo. Otro tanto puede decirse del hombre medieval, con la diferencia que ahora aparece la voluntad de Dios proponiendo un orden, las Tablas de la Ley. Podríamos preguntarnos, entonces: ¿qué lugar ocupa y asume el hombre moderno? Se dispone a ocupar el centro del mundo, desplazando al Dios medieval, para quien queda reservada la relación de intimidad. Este hombre, colocado como centro del mundo, sostiene, produce y ordena el mundo. Casali denomina a esta historia

---

<sup>43</sup> Licenciado en Filosofía [Universidad Nacional de Buenos Aires](#). Profesor titular de "Política, Estado y Educación" en la Universidad Nacional de Lanús. Fue miembro de la Asociación de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales y de la Sociedad Filosófica Buenos Aires.



de la Modernidad como la “Época del sujeto” ya que el mundo es el resultado de la proyección de su razón, la objetivación de la *cosa extensa* (res extensa). El Sujeto desde el cual Descartes define la posición del hombre moderno frente al mundo es también su dueño:

Se opera en Descartes la particular re-flexión del *kósmos* que marcará con un sello característico el pasaje de éste al universo: el articulado ordenamiento en que el *kósmos* deviene *orden universal*. Esta apertura epocal de la modernidad acontece buscando, precisamente, desde la verdad operada como presencia, su fundamento metafísico como *subyacencia*.

Ante este Sujeto dominador la realidad subyace a sus pies, obediente a su voluntad. El hombre moderno ha suplantado a Dios en el señorío del mundo.

\*\*\*\*\*

### *El sujeto es el que piensa, sabe, calcula y domina*

Lo que hemos visto hasta aquí, con sus dificultades claras por el uso de un lenguaje muy técnico de parte de Casali, voy a intentar traducirlo a un lenguaje más pedestre que nos permita seguir progresando en nuestra investigación. Vamos a entrar en el tema por el camino de las etimologías que van a aclarar bastante, según creo, la problemática planteada. Recordemos: El sujeto de Descartes es un “yo pensante” que en sus elucubraciones llega a la conclusión de que de lo único que puede estar seguro es de que existe, ya que está pensando (pienso, luego existo). Si recordamos que a este pensador le tocó vivir una época en que recién se estaba dejando atrás lo que, para la burguesía de la época, había resultado la pesada carga dogmática del medioevo, y lo expresó como la convicción de que todo lo aprendido no le servía de gran cosa. De allí que utilizara la duda como una forma prudente de cuestionar ese pasado. Estamos en pleno apogeo de la Inquisición y su poder estaba atento a toda desviación de la ortodoxia católica. Con esa duda se permitía criticar todo lo sabido hasta entonces. De todos modos no pudo engañar a la Inquisición y tuvo que huir de París.

La duda desplegada en el plano de la especulación filosófica, respecto a las *certezas del viejo saber* (certeza teológica), le permite a Descartes elaborar el cuestionamiento filosófico que la práctica social, económica, política y cultural, de la burguesía venía llevando a cabo en los últimos siglos. Esta duda que demolía el edificio ideológico que legitimaba el orden feudal, abría paso a nuevas formas del saber sobre las que se iba construyendo la Modernidad. A partir de allí propone un modo de acceder a las *certezas* avaladas por la buena utilización de la Razón. Reflexiona nuestro pensador:

La diversidad de nuestras opiniones no proviene de que unos sean más razonables que otros, sino solamente de que conducimos nuestros pensamientos por diversas vías y no consideramos las mismas cosas. Pues no basta con tener la mente bien dispuesta, sino que lo principal es aplicarla bien.

La condición que propone es aplicar bien la mente, liberada entonces de las amarras al viejo orden. Para ello exige la construcción de un método que se basaría en «las matemáticas, a causa de la certeza y evidencia de sus razones». Dejando de lado todo otro instrumento:

No buscar otra ciencia que la que pudiese encontrar en mí mismo o en el gran libro del mundo... y a buscar el verdadero método para llegar al conocimiento de todas las cosas de que mi mente fuese capaz.

La condición de buscar el verdadero conocimiento refleja la seguridad que el hombre moderno exhibe sobre su capacidad racional para el conocimiento «del gran libro del mundo».

Esta seguridad y fe en la capacidad de la Razón, como sostenedora del verdadero saber, garantiza que lo pensado metódicamente, alcanzará un conocimiento librado de toda duda. Como pensador de una clase social que ha transformado al hombre medieval contemplativo en un ser pensante, conocedor, hacedor y conquistador del mundo nuevo, convertido ahora en un gran mercado planetario, debe tener la certeza de moverse sin errores en sus planes y en sus cálculos. La propiedad y la voluntad de acumular dependen en gran medida de ello. Este cálculo planificador —no olvidar que Descartes era un matemático—se convertirá en la herramienta fundamental de la burguesía en su proyecto de expansión planetaria. Marx lo describe así:

Estos progresos redundaron considerablemente en provecho de la industria, y en la misma proporción en que se dilataban la industria, el comercio, la navegación, los ferrocarriles, se desarrollaba la burguesía, crecían sus capitales, iba desplazando y esfumando a todas las clases heredadas de la Edad Media

Nos encontramos ante la aparición de un hombre nuevo que se encarnará en la burguesía de los siglos XVIII y XIX. El perfil antropológico de este nuevo personaje es descrito por Hinkelammert con estas palabras:

Es un individuo calculador, que calcula sus intereses materiales en función de su consumo y de la acumulación de posibilidades de aumentar sus ingresos. Desde esta visión todo puede transformarse en capital, y se habla inclusive de *capital humano*, en cuanto que el ser humano mismo es visto desde su posibilidad de acumular. El individuo poseedor, entonces, puede considerarse a sí mismo con su cuerpo y alma como capital suyo. Todas sus habilidades y hasta todo su prestigio los puede emplear ahora como capital en la persecución de sus intereses materiales. Estos intereses materiales siempre son intereses particulares calculados. Se calcula, entonces, las posibilidades de poder cumplir con estos intereses. En este sentido se persiguen utilidades calculadas. Estas utilidades pueden ser satisfacciones por el consumo o ganancias por la acumulación. Si la persona humana es nada más este individuo, entonces cumple con el ideal de lo que se llama *homo economicus*.

\*\*\*\*\*

## *Las dos caras: burgueses y proletarios*

Recuperemos ahora lo que ya quedó dicho en páginas anteriores. Por una parte hemos visto que la Modernidad parecía repetir en parte lo que la tradición romana mitologizaba con el relato del dios Jano con sus dos caras. En este caso una anunciaba la emancipación humana y la otra callaba los modos en que se concretaría tal proyecto. Esa emancipación que proclamaba la burguesía incubaba un mal genético: no podía ser para todos, por lo que para su plena realización necesitaba someter al trabajador, el proletario de Marx, a una explotación despiadada, que este pensador analizó y denunció en su famoso libro *El Capital*.

Esta contradicción en el proyecto original, que quedaría desenmascarada después de la Revolución Industrial inglesa, se fue descubriendo a los largo de los siglos posteriores. La ideología enarbolada por los revolucionarios ingleses —comienzos del siglo XVIII llamada la *Revolución gloriosa*—, y los del asalto a la *Bastilla* de París —a fines de ese siglo— proclamaba la libertad para todos los hombres del mundo: como lo logró John Locke con el *Habeas corpus* y el *Bill of Rights* por parte del Parlamento inglés, y la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, por la *Asamblea Nacional Constituyente francesa*.

Confrontando esas manifestaciones de la ideología liberal, que encubrían con un magnífico manto filosófico las miserias que el capitalismo generaba, era puesta en la superficie por Marx, el pensador de los trabajadores, que escribía en el *Manifiesto del Partido Comunista* de 1848:

Hoy, toda la sociedad tiende a separarse, cada vez más abiertamente, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases antagónicas: la burguesía y el proletariado... En la misma proporción en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, se desarrolla también el proletariado, esa clase obrera moderna que sólo puede vivir encontrando trabajo y que sólo encuentra trabajo en la medida en que éste alimenta el incremento del capital. El obrero, obligado a venderse a trozos, es una mercancía como otra cualquiera, sujeta, por tanto, a todos los cambios y modalidades de la concurrencia, a todas las fluctuaciones del mercado.

Esta contradicción que es el resultado de un proyecto político que fue pensado por una clase social, la burguesía europea, aunque no fuera totalmente consciente de ello, desde ella y para ella, sólo podía distribuir inequitativamente las riquezas que producía. Esa distribución desigual, que se fue acentuando con el tiempo, colocó en dos extremos de la sociedad los polos en que se definía el perfil de la población: una minoría de ricos muy ricos y una inmensa mayoría de pobres explotados. En palabras de Hinkelammert:

Si el sistema como orden se constituye a partir de la persecución de intereses materiales calculados —utilidad calculada—, aparece un orden que deja de lado los efectos que tiene este tipo de acción sobre los conjuntos sociales y naturales, dentro de los cuales la acción acontece. Ese es típicamente el orden del mercado. Se crea un orden, pero este orden socava los conjuntos reales dentro de los cuales acontece.

Este pensador nos aporta otro modo de reflexionar sobre la contradicción, mirada ahora desde el interior de su propia lógica. Si la sociedad burguesa levantó como bandera la postulación de la acción racional, para contraponerse al orden de la arbitrariedad monárquica, esa racionalidad incubaba consecuencias no buscadas, tal vez no deseadas tampoco, pero no por ello menos efectivas. Dado que la racionalidad de la acción parte de la articulación calculada entre medios y fines, y ese cálculo se concentra en esa lógica, la búsqueda exclusiva del lucro convierte la obtención del menor costo posible en un fin en sí mismo. Los medios a emplear son todos aquellos que colaboren en ese sentido. Sin embargo ese modo de pensar, que desvaloriza y desecha las consecuencias no deseadas —efectos no-intencionales— producidas en un ámbito que queda excluido del mercado, y permanece fuera de él, resultan por ello, por no pertenecer al interior de esa lógica, algo que no es necesario calcular.

Estas consecuencias son posibles pensarlas desde otra lógica, la de la defensa de la vida, desde la prioridad de la vida humana por sobre cualquier otra cosa. Porque el incluirlas dentro de la lógica del mercado alteraría la relación calculada medio-fin con que se maneja la obtención del lucro. Por ejemplo: la contaminación ambiental, el deterioro de la vida de la naturaleza, que, en última instancia atenta contra la vida humana. Sigamos a Hinkelammert:

El sistema funciona en un entorno, pero este entorno forma conjuntos, que el cálculo de la acción no puede tomar en cuenta. Por lo tanto, los distorsionan. Estas distorsiones de los conjuntos reales las experimentamos como crisis. Estas crisis hoy son obvias: la exclusión de cada vez más grandes partes de la población, las crisis de las relaciones sociales mismas, las crisis del medio ambiente. Cuanto más la acción sigue las pautas de la racionalidad calculada, más aparecen estas amenazas globales, frente a las cuales el sistema parece sin posibilidad de reaccionar. El orden desarrolla tendencias hacia su propia destrucción y se hace autodestructivo.

El proyecto del capitalismo moderno que se concentró en la persecución del lucro, no sólo no incluyó a la totalidad de la población dentro de ese proyecto, sino que la explotó y marginó en gran proporción. Además, y esto es lo más grave, ha puesto en serio riesgo la sobrevivencia en el planeta.

## *La inhumanidad del humanismo liberal*

Nos encontramos en esta etapa de nuestra investigación ante la paradoja que enuncia el título de este apartado. Nuestro interés se centra en la necesidad de dejar claro cuál era y es la situación del ser humano en el seno de la sociedad burguesa, porque allí anidaba la historia que desemboca en nuestro siglo. Propongo una esquematización de una secuencia histórica que se plantearía en estos pasos: la burguesía artesanal se va convirtiendo en una clase mercantil e industrial que, a raíz del descubrimiento de América, se lanza a la conquista del mundo. Para ello requiere que esté ordenado para la implementación de sus planes. Ese orden supone necesariamente una racionalidad para su funcionamiento, que abarque desde la producción fabril hasta las transacciones comerciales. Este orden debe ser extendido al ámbito planetario (globalización). De allí es que se van a ir construyendo instituciones que cumplan ese cometido, dentro del libre juego comercial.

La forma institucional que va cobrando cada vez más importancia, cuya teorización legitima el modo capitalista de la burguesía, es el mercado. Esta forma institucional se constituye a partir de una de las premisas fundamentales de la nueva etapa: *la libertad*. Es un tipo de libertad que irá subordinando todo tipo de relaciones sociales, monopolizando el ámbito del mercado la expresión superior de la libertad. El teólogo moralista escocés Adam Smith (1723-1790) denominó este tipo de libertad como el «sistema de libertad natural», donde «cada uno persigue su propio interés en un proceso competitivo» que va definiendo los diversos resultados de las operaciones comerciales mediante la presencia de la «mano invisible». Mediante este mecanismo (¿mágico?) fomenta el mercado riquezas para todos, ya que «los intercambios voluntarios desembocan en un mayor bienestar general, porque en esas condiciones la riqueza se crea y la holgura de unos no equivale a la miseria de otros». Equivale a decir se cumple la “justicia distributiva”

Smith, convencido de que la mano invisible (¿de Dios?) lograba que «Cuando cada uno trabaja para sí mismo sirve a la sociedad con más eficacia que si trabaja para el interés social». Postulaba de este modo su axioma de la armonía entre el interés particular y el general. Podría decirse que este optimismo liberal era una característica de la época. Compartía el convencimiento sobre la capacidad natural del mercado para imponer el orden, éste se establece por sí mismo, por el juego de la oferta y la demanda.

Si un producto es solicitado sube el precio y se favorece su elaboración, con lo que todo vendedor es retribuido según la importancia de los servicios que presta; la actividad concurrente garantiza el orden, la justicia y el progreso de la sociedad.

Milton Friedman<sup>44</sup> (1912-2006) defensor a ultranza de la libertad total del mercado, como expresión de la esencia misma del liberalismo político lleva al extremo las tesis de Smith, ofreciendo la base de lo que luego se llamará el neoliberalismo:

Este ensayo trata de la relación entre la libertad que disfrutaban los individuos en una sociedad y la forma de organización económica adoptada por esa sociedad. La tesis es que la organización del grueso de la actividad económica a través de empresas privadas en un mercado libre —una forma de organización que llamaré capitalismo competitivo— es una condición necesaria de la libertad individual. Aunque necesario para la libertad, el capitalismo sólo no es suficiente para garantizarla. Tiene que estar acompañado por un conjunto de valores y de instituciones políticas

---

<sup>44</sup> Economista, intelectual estadounidense, profesor de la Universidad de Chicago. Defensor del libre mercado, realizó contribuciones importantes en los campos de macroeconomía, microeconomía, historia económica y estadística. En 1976 recibió el Premio Nobel de Economía.

favorables a la libertad.

El trayecto descrito de las ideas liberales<sup>45</sup> nos pone más cerca del hombre de hoy y de las consecuencias del uso del concepto *libertad*, tal como lo ha hecho el *neoliberalismo*, cuyas consecuencias estamos padeciendo. Esa forma de libertad, que no había mostrado en los siglos XVIII y XIX las posibilidades recortadas que le ofrecía un mercado de libre competencia. En las décadas siguientes hizo sentir con dureza los propósitos que se habían ocultado en las intenciones de la burguesía internacional. Hinkelammert nos muestra que los efectos de este sistema son percibidos por los autores clásicos pero los interpretan como beneficios para los hombres. Dice, entonces, que el sistema es evaluado como beneficioso para todos:

Ven que efectivamente hacen surgir un orden, que es el orden burgués, pero niegan la ambivalencia de este orden. Por eso, Adam Smith puede llegar al resultado de que los efectos no-intencionales desembocan en la acción de una “mano invisible”, que hace que tales efectos promuevan, sin que los actores tengan la intención o la conciencia de ello, el interés general de la sociedad. Parece no existir un problema en este campo de los efectos no-intencionales que produce el interés calculado.

Sobre esta tesis tan optimista, la contraofensiva neoliberal que se desata a partir de la década de los setenta, avanza sin miramientos en los noventa. La libertad pregonada para todos sólo pudo hacerse efectiva en una mínima porción de la población del planeta, dejando en la miseria a dos terceras partes de la población.

\*\*\*\*\*

## *El ciudadano vaciado de contenido*

El lento pero indetenible avance de la lógica del mercado sobre las otras dimensiones de campo sociocultural contaminó con sus valores. Los modos de concebir el hombre y sus relaciones, redujo lo social a un entramado complejo en el cual impera la competencia como método. Digo “redujo” puesto que la presentó como una forma más del “orden de la naturaleza”. Por ello, la vieja frase *Homo homini lupus* que significa “el hombre es un lobo para el hombre”, originaria del comediógrafo latino Tito Maccio Plauto (254 a. C.-184 a. C.), actualizada en la Modernidad por el filósofo inglés, Thomas Hobbes<sup>46</sup> (1588-1679), en su libro *El leviatán*, y justifica su concepción de la necesidad de un poder absoluto ante una sociedad en la que la lucha entre los hombres es la norma. El neoliberalismo actualiza en el siglo XX esta concepción, aunque interpretada desde el mercado en la puja entre vendedor y consumidor que, según la tesis, es ordenada por un poder exterior a los hombres.

La consecuencia de la imposición de la tesis neoliberal fue la desvalorización de la política para la construcción de una sociedad justa y equitativa, dado que el mercado asumía esa función. Por lo que se descartaba la intervención humana que alteraría las decisiones del *orden natural* de la *mano invisible*.

Este desprestigio de la política, que se desplegó en una campaña propagandística por todos los medios, permitió la sustitución del *político* por el *técnico administrador*. Cada función del Estado debería estar a

---

<sup>45</sup> Un análisis más detallado del liberalismo puede encontrarse en mi trabajo *De qué libertad hablamos*, publicado en la página [http://ricardovicentelopez.com.ar/?page\\_id=2](http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2)

<sup>46</sup> Cuya obra *Leviatán* (1651) estableció la fundación de la mayor parte de la filosofía política occidental. Es el teórico por excelencia del absolutismo político.

cargo de un técnico especialista, formado para cada caso. La función así entendida alteraba el concepto político de *gobernar* por el concepto técnico de *administrar*. Si apelamos a una definición sencilla nos encontramos con lo siguiente:

La administración es la ciencia social o tecnología social encargada de la planificación, organización, dirección y control de los recursos (humanos, financieros, materiales, tecnológicos, el conocimiento, etc.) de la organización, con el fin de obtener el máximo beneficio posible; este beneficio puede ser económico o social, dependiendo esto de los fines perseguidos por la organización.

Está diciendo que se encarga de implementar los *qué*, los *cómo* y los *cuándo*, pero no decide sobre los *para qué* y los *por qué*, ya que esto, dice con bastante ingenuidad, está «dependiendo esto de los fines perseguidos». La pregunta sobre *quién* o *quiénes* los definen; equivale a decir que este tipo de decisión queda por fuera de la ciencia de la administración. ¿Se puede afirmar que esas son decisiones de tipo político? Y de ser así ¿en qué nivel de la estructura social están ubicados quienes lo hacen? Si no es de orden político, queda por fuera o más allá del Estado. De otro modo, todo ese tipo de planificación e implementación están muy lejos de la *voluntad de los ciudadanos*. ¿Es muy osado decir que se formularás trasnacionalmente?

Precisamente es esto lo que sostiene el neoliberalismo: el Estado es una institución caduca que se la conserva para sólo mantener el orden interno. El proyecto político es diseñado en otro ámbito, y los políticos son los encargados de su aplicación. Debemos recordar aquí instituciones internacionales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial como dos ejemplos de lo dicho. Su incidencia en los países de la periferia del mundo agobiados por deudas que ellos habían impuesto fue fundamental en las últimas décadas, hoy el primer mundo ha caído bajo sus garras.

Volvamos a Hinkelammert:

El capitalismo actual impone su estrategia como un proyecto político nacido de las burocracias privadas de las empresas transnacionales. No lo puede imponer sino socavando, no solamente las fuentes originales de la producción de todas las riquezas, sino de la democracia también. Se ha ido de la democracia del ciudadano a la democracia de los clientes. Predeterminado el proyecto político por la estrategia de estas burocracias privadas, las mismas elecciones pierden su contenido. Se reducen a elegir al candidato más adecuado (el más atractivo, el más simpático el más telegénico) para implantar un proyecto político predeterminado por esas estrategias.

Nos vamos acercando al objetivo que nos habíamos propuesto: el final del trayecto por el cual el ciudadano se fue vaciando de contenido para ser reducido a un cliente de las transnacionales, un simple *consumidor*. Un consumidor de alimentos, de vestimentas, de lugares para habitar, de noticias, de diversión, de educación, de formación, etc., pero jamás un actor político que pretenda decidir cuáles de esas cosas deberían producirse, con qué calidades, a qué precios. El discernimiento sobre estos temas nos permite comenzar a comprender por qué los especialistas en economía y finanzas han ocupado tanto espacio en los medios de comunicación explicándonos lo que se debe hacer, cómo debe hacerse, cuándo y cuánto. Una especie de *delivery* ideológico entregado, para nuestra comodidad, en nuestros hogares para que no tengamos que hacer el esfuerzo de ir a buscar alguna respuesta a lugares que pueden darnos respuestas diferentes o, peor todavía, hacernos pensar.

\*\*\*\*\*

## *La evaporación de la democracia*

Habíamos leído en una cita anterior que se ha producido un lento proceso de transformación, implementado con mucha cautela y sin repercusión en los medios, como una *operación encubierta*, que se la describía así: «Se ha ido de la democracia del ciudadano a la democracia de los clientes» pretendiendo que son nada más que formas que va adaptando la democracia en su trayecto de adecuación a los tiempos cambiantes. Una parte de la justificación se expresa como la necesidad de crear mecanismos institucionales nuevos que vayan respondiendo a las nuevas necesidades de un ciudadano de fines del siglo XX y comienzos del XXI. Las formas democráticas decimonónicas muestran mecanismos muy lentos, mucho más cuando se requiere la consulta popular. En un tiempo de velocidad creciente se impone pasar por encima de esos mecanismos en beneficio de la rapidez y eficacia en la toma de decisiones.

Además, la complejidad creciente de las sociedades posindustriales requiere equipos de técnicos especializados, conocedores profundos de los temas de incumbencia que, a no dudar, ofrecerán las mejores propuestas, encontrarán las mejores soluciones y decidirán con mayor rapidez. Todo suena muy aséptico, neutro, muy técnico. Es allí donde se plantea la justificación de los equipos económicos, que pretenden transmitir esta técnica, que va a ir configurando el verdadero proyecto político sobre los cuales no hablan los candidatos en épocas de elecciones. El proyecto político se compra “envasado”, por lo general al exterior, listo para ser aplicado. Para su aplicación siempre hay técnicos nacionales, formados en universidades estadounidenses o europeas, conocedores de las metodologías necesarias para su implementación. (Los Domingo Felipe Cavallo, son un buen ejemplo). Dice Hinkelammert:

Para ellos no hay democracia ni valores. Con democracia o sin democracia, con valores o sin valores, se trata de imponer el proyecto. Diseñan el proyecto, pero lo diseñan sobre las bases en las cuales ni ellos mismos pueden influir. Lo tienen que diseñar de una manera tal, que permitan a los políticos imponerlo a todos, incluyendo a los que podrán resistir. Diseñan engaños, fraudes, razones falsas [si decía la verdad no me iban a votar, dijo Menem]. Todo es lícito para lograr imponer ese proyecto. El político es una especie de marioneta [Alike, alikate], presentada para darle apoyo a ese mismo proyecto predeterminado. No lo dirige y no lo debe dirigir, sino representa a ese proyecto frente a los electores. Por eso, su función es la imposición del proyecto, en cuya elaboración la política no tiene injerencia. (entre corchetes RVL)

La descripción del profesor pareciera que habla de nuestra América, y dentro de ella de los años noventa de la Argentina, cuando “habíamos entrado al Primer Mundo”. Es muy importante hacer un ejercicio retrospectivo para reflexionar sobre esos años que hemos vivido, cómo hemos pensado en ese tiempo, cuántos de nosotros creímos todo ese discurso o parte de él, cuando nos lo explicaban los especialistas en los diarios, radios y canales de televisión, con una afirmación que repetía las palabras de Margaret Thatcher, aunque no la citaran: «There Is No Alternative», TINA, (no hay alternativa), que lo conocimos también en la expresión que popularizó Ignacio Ramonet, Director de Le Monde Diplomatique: *el pensamiento único*.

La imposición de la única verdad eliminaba toda posibilidad de debate, lo cual equivale a la disolución paulatina de la democracia y con ella la desaparición del ciudadano. Mientras este tipo de *verdades únicas* fue aceptado por la mayoría de la población, sometida a una intensa campaña mediática, el proyecto neoliberal se fue imponiendo. La política se transmite en los mismos formatos publicitarios puesto que todo pertenece al ámbito del mercado. Marcos Roitman Rosenmann<sup>47</sup> (1955),

---

<sup>47</sup> Doctor en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid, chileno, nacionalizado español. Profesor Titular en las asignaturas de Estructura Social América latina; Estructura social Contemporánea; y

describe el aspecto publicitario del capitalismo actual:

En medio de un proceso de reestructuración del capitalismo, donde se multiplican el desempleo, el trabajo precario, el despido libre y la pérdida de derechos laborales, las empresas transnacionales bogan por un consumo de marcas. Hacen defensa de lo suyo y no escatiman esfuerzos. En otros términos, tratan de inducir compras con sello. En la actualidad esta práctica se traduce en una agresiva campaña publicitaria, considerando irresponsable adquirir productos blancos. Todos los anuncios de las grandes empresas concluyen con un rotundo no producimos para otras marcas. Igualmente, han construido un relato específico: no se engañe, envases similares no garantizan calidad. Se sienten abandonados por los consumidores quienes han perdido la fidelidad una vez transcurrida la bonanza de los sectores medios, tan adicto a las modas como al consumo suntuario.

La tarea educativa de las empresas a través de los mensajes publicitarios no se detiene, y en épocas de crisis de consume se intensifican. No se puede abandonar al consumidor a sus elecciones libres, debe estar constantemente conducido por el *camino correcto*.

\*\*\*\*\*

### *El consumidor sometido a las reglas del mercado*

Es muy interesante como el Profesor Roitman Rosenmann nos plantea la paradoja en que cae el discurso oficial de la sociedad del consumo cuando es precisamente el consumo lo que comienza a denunciar la crisis del sistema, por la caída de la demanda:

Hasta hoy, los acólitos del capitalismo nos han afirmado que el mercado constituye el espacio donde se despliega la libertad de elegir, base del progreso, la democracia y la acumulación de capital. Sin embargo, en medio de una crisis, cuando el principio y la libertad de elegir deberían seguir siendo fundamentales, y primar sobre cualquier otro, su ejercicio se transforma en un obstáculo. Los consumidores apegados a sus criterios de libre elección son adjetivados de arpías, seres despreciables, sacrílegos condenados al infierno. Por esta razón, de la noche a la mañana, se elimina del manual del buen empresario la frase enseñada con tanto fervor a los empleados de sus comercios: *el cliente siempre tiene razón*. Ahora debe ser rechazada. Atrás queda el mercado fundamentado en los gustos del cliente. Si anteriormente los empresarios satisfacían al consumidor mediocre que prefería vino barato ofertando aguachirle a los mejores caldos, hoy es una alteración de las leyes de la oferta y la demanda. Este principio, otrora una verdad irrefutable para los gurús amantes de la economía de mercado, se considera obsoleto. Ahora son intervencionistas. Por último, es curiosa la escasa o nula congruencia entre teoría y práctica de una economía de mercado. Primero se predica la libertad de elegir, y cuando se ejerce se penaliza a sus ingenios ejecutores.

Estas incongruencias denuncian con toda claridad que los principios son tales en tanto son útiles para el lucro del capital. Cuando, por cualquier causa, las condiciones del mercado se alteran, los principios enunciados como sagrados pueden cambiarse por otros sin el menor rubor. De todos modos, el respeto a la libre elección del consumidor se ha visto, ya desde el siglo pasado, condicionado por una publicidad que se fue perfeccionando con el aporte de las ciencias sociales, como ya vimos. No puede



sorprendernos la manipulación de sus doctrinas, según el viento sea favorable o no, que quedan en evidencia en la escasa o nula congruencia entre teoría y práctica de una economía de mercado. Se predica la sagrada libertad de elegir, y «cuando ésta se ejerce se penaliza a sus ingenuos ejecutores».

Debemos tomar nota de que vivimos en un mundo esquizofrénico, pero la enfermedad es connatural al sistema. Ello no impide que, con la misma pretendida convicción del ejercicio de la libertad las empresas, cuyas marcas controlan el mercado, sigan patrocinando un consumo acorde con sus intereses en contra de toda perspectiva ética y humanista. Estos temas no son de su incumbencia.

En esta misma línea de crítica a un sistema que ha intentado reducir el ciudadano a la categoría de simple cliente, que en parte va consiguiendo, quiero mostrar otro aspecto de los manejos espurios de sus políticas de producción y venta. Adán Salgado Andrade<sup>48</sup> comenta un documental que vio cuyo título es “Comprar, tirar, comprar”. En el que se muestran las maniobras de producción para obligar al consumidor a tener que reponer el bien comprado, dependiendo del producto, en el menor plazo posible, fabricando todo tipo de mercancías con una duración preestablecida. Su comentario nos informa:

Sí, la obsolescencia programada es sencillamente el empleo de la tecnología para diseñar deliberadamente tanto los materiales de los que están hechos los productos que se fabrican, así como a éstos mismos, para que en un tiempo breve (a veces incluso semanas), fallen, y dependiendo del precio que hayamos pagado por ellos, que se deban reparar cambiando algunas piezas o, lo más extremo (muchas veces la única solución), reemplazarlos completamente por otro nuevo.

Hace ya tiempo que el mercado dejó de vender lo que la demanda le solicitaba para pasar a “hacer comprar lo que produce” —publicidad de por medio—. Hoy, en la etapa de su salvajismo, ha incrementado el empleo de técnicas que inducen a consumir, con dos líneas políticas relativas al producto de que se trate: el cambio compulsivo mediante una publicidad agresiva o imponer su reposición por “fallas inesperadas”, y que en tal situación no se venden los repuestos para su reparación. El lema de la hora es “consumir, consumir y consumir”. Un antecedente interesante que cita Salgado Andrade es un libro escrito por un agente de inversiones, Bernard London, en 1932 en plena crisis de los Estados Unidos, cuyo título es “Terminar con la depresión mediante la obsolescencia programada”. Que logró el éxito que buscaba en un plazo más largo. Por ello cuenta:

Thomas Alva Edison diseñó una bombita de luz que duraba 1.500 horas. En 1924 se inventó otra de 2.500 horas. Con la sociedad de consumo en ciernes, aquello no era una buena noticia para todo el mundo. Diversos empresarios empezaron a plantearse una pregunta inquietante: “¿Qué hará la industria cuando todo el mundo tenga un producto y este no se renueve?”. Una influyente revista advertía en 1928 de que “un artículo que no se estropea es una tragedia para los negocios”. Un poderoso lobby presionó para limitar la duración de las bombitas. En los años cuarenta consiguió fijar un límite de 1.000 horas. No salió al mercado ninguna de las patentes que duraban más, existiendo un diseño con una duración de 100.000 horas.

Debemos modificar el viejo consejo mercantil por “El mercado siempre tiene razón”.

\*\*\*\*\*

---

<sup>48</sup> Profesor de la Universidad Autónoma de México. (UNAM)

## Una reflexión final

El recorrido histórico de esta investigación abarcó un período de más de diez siglos. Puede parecer un poco excesivo, pero creo que fue necesario para ir hasta las raíces de un proceso que requiere, dado sus complejidades, recolectar la mayor cantidad de información posible para convertirla en materia prima de este trabajo. En materia humanística la búsqueda de la verdad total es tarea imposible, siempre se podrá lograr una aproximación, a pesar de como nos lo señala José Ferrater Mora<sup>49</sup> (1912-1991):

Si el pensamiento es pensamiento de la realidad, la verdad del pensamiento será la misma que la verdad de la realidad, pero también la verdad de la realidad será la misma que la del pensamiento -el orden y conexión de las ideas serán, como decía Spinoza, los mismos que el orden y conexión de las cosas-.

Así planteado es un ideal siempre buscado pero de difícil alcance, radica en la honestidad de quien escribe, que sus esfuerzos logren que esa aproximación sea la mayor que se pueda transmitir. El terreno de lo humano está cruzado por numerosas interpretaciones. Corresponde moverse con claridad mostrando que el lugar del *desde donde* se estudia y se comunica sea claro: en mi caso mi vocación humanística me lleva a colocar en el centro de mis pensamientos la, difícil pero necesaria, *verdad posible* sobre el hombre.

El repaso sobre la historia de los últimos cinco siglos son de fundamental importancia porque allí se forjó la matriz en la que se fueron fundiendo los primeros hombres modernos que, podríamos denominar nuestros tatarabuelos. Es decir, están allí los orígenes de nuestra herencia de la cultura occidental moderna.

---

<sup>49</sup> Filósofo, ensayista y escritor español. Profesor en diversas universidades de Francia, Cuba, Chile y los Estados Unidos de América, país donde se estableció en 1947 huyendo del régimen franquista. En los Estados Unidos, en el año 1949 ejerció la docencia en el Bryn Mawr College de Pensilvania, llegando a ser director del Departamento de Filosofía. También fue profesor invitado en muchas universidades como las de Princeton, Baltimore, Filadelfia, Madrid, Barcelona y Palma de Mallorca.